

CAPÍTULO VII

Planes de campaña

I

EL regimiento continuaba su camino siguiendo las orillas del Rhin.

Espinosa había estado tres días consecutivos de guardia, sin poder ver á Rosario.

Al llegar á Manheim sucedieron cosas muy particulares. La comida de D. Ciriaco sufrió un retraso extraordinario: no fueron ya cincuenta y dos minutos, sino ciento cuatro. Pilar y su novio habían entrado en una cervecería de allende el río, y se habían pasado allí cuatro mortales horas.

Por la tarde, después de la lista, Espinosa y Méndez se fueron juntos y se encerraron en una posada de la carretera de Brunswick.

—¿Qué sabes?—preguntó Méndez.

Espinosa le refirió toda la conversación que habían tenido la víspera D. Ciriaco y Rosario, y la historia del buen *pater*, á propósito de la fecha que contenía la clave.

—Pues bien,—añadió;—aunque yo no he tenido el honor de conocer á Manuel García, soy bastante filarmónico para saber que las palabras

Or say qui l'onore...

son las del principio del aria de D.^a Ana en el primer acto de la ópera *Don Giovanni*. Por consiguiente, el respetable D. Ciriaco no ha caído aún en la

cuenta de que la carta que descifró fué lo que motivó el crimen de que más tarde fué testigo. Lo que pasó se ve bien claro. Josefina recibió la carta en ocasión que tenía motivos para creer criminal á su amante. Haría algún tiempo, probablemente, que no se verían. El asesino supo que su antigua querida había recibido regalos de valor y se propuso robarla, fingiendo una reconciliación y un proyecto de fuga para encontrarlo preparado todo. Después mató, para no ser descubierto. Enlaza esto con la triste romanza de Matilde y con las palabras y exclamaciones que la oíste cuando estuviste con ella á solas; atiende, sobre todo, á la singular y evidente prueba de llevar consigo la carta cifrada; recuerda el vestido de damasco azul que dijo D. Ciriaco llevaba Josefina y el vestido de damasco azul que llevaba Matilde, del cual tenemos un pedazo, y verás que Josefina y el fantasma del castillo son una misma persona. En eso no cabe duda alguna. Falta ahora saber qué motivos hubo para que dejase su nombre por otro y qué relación hay entre su venida al castillo y sus orígenes de familia; falta, y es lo principal, saber á punto fijo que Dupuy sea su verdadero asesino. Tenemos, en apoyo de esta opinión, la identidad del carácter de letra. Pues bien: yo no veo más que un medio para saberlo y afirmarlo, un medio tal vez imposible de llevar á cabo hoy por

hoy, pero que espero ha de llegar día en que sea dable ponerlo en planta. Por de pronto, ya no hay que pensar en que D. Ciriaco nos diga una palabra. Tal vez recibió la revelación de quien fué el asesino; pero, aunque así fuese, lo guardará como secreto de confesión. Además, ¿quién sabe si el nombre con que Josefina conocía á su amante es el mismo que éste lleva hoy? D. Ciriaco sabe un nombre tal vez; pero, aunque viese al asesino, dudo supiese que lo tenía delante, porque de seguro que hoy se llama de otro modo.

—Pero ¿no dices que hay un medio para saber si es Dupuy ó no el criminal?—preguntó Méndez.

—Sí: ya te diré cuál. Pero entretanto se presenta ocasión, debemos tantear indirectamente á ver si podemos hacer luz en el asunto. Es preciso que nos enteremos de dónde procedía Josefina cuando llegó á Madrid y dónde estaba entonces Dupuy. Es preciso ensayar el efecto que á éste le causará oír otra vez en el teatro *Don Giovanni*, haciendo de manera que la cantante que desempeñe el papel de D.^a Ana deje caer el pañuelo en la misma ocasión que la desdichada Josefina. Trataremos de averiguar qué señales dará si se le pone delante la clave y si se encuentra con el pedazo de damasco. Para todo esto necesitamos el concurso de amigos leales y á toda prueba, juramentados y sigilosos; necesitamos formar una asociación secreta, sin más objeto que descubrir este crimen. Sólo así podremos penetrar en los misterios de la vida de Dupuy, ver qué impresión le producen nuestras tentativas, y, finalmente, necesitamos ser muchos para conseguir la prueba definitiva.

—Y esa prueba ¿cuál es? Estoy ansioso por saberlo,—exclamó Méndez.

—Es poner frente á frente á Dupuy con Matilde,—respondió Espinosa.

—¡Imposible! ¿Dónde encontrarla ahora?

—Podremos tardar, pero la encontraremos. Yo te respondo de cierto que la otra víspera de San Juan estará en el castillo. Si en todo el espacio de un año no podemos hallarla, el 24 de junio del que viene nos llevaremos á Dupuy á Rehinsberg, venciendo cuantos obstáculos nos pudieran salir al paso. Ya ves que para llevar á cabo este proyecto no bastamos los dos y que necesitamos brazos é inteligencias que nos ayuden.

—Empecemos ya,—dijo Méndez.—¿Te parece

que podríamos contar con Guerrero y con San Román?

—Lo creo y casi lo aseguro. Pero, además, necesitamos tener en España quien nos corresponda. Rafael Lobo, el marino, estará con nosotros. Lo estarán también algunos guardias de corps y valonas, y entre ellos Arjona y Desmaisières, nuestros comunes y nobles amigos. ¿Qué no podremos, unidos y secretamente coaligados?

—¡Ah! —exclamó Méndez volviendo á su constante pensamiento.— ¡Si pudiésemos encontrarla pronto!

—¡Quién sabe! —repuso Espinosa.— Tal vez al huir del castillo, pues según decían por el pueblo un viajero había visto una fantasma que de allí salía; tal vez, digo, habrá ido á parar donde la recojan. Si así fuese, ya tendremos noticias de ella y la verás. ¡Ojalá sucediera esto, pues tanto más adelantáramos en el plan que te he dicho! Ahora,—añadió el teniente,—conviene que todos guardemos la mayor reserva. Por mi parte, le encargaré á Rosario que no diga una palabra más, para no alarmar á D. Ciriaco. Quizás sin que él lo advierta nos podrá dar algún nuevo dato; pero si fuésemos á indagarle se pondría en seguida en guardia, temeroso de que se le escapase el secreto de confesión. De todas maneras, no será malo el susto que pase cuando, al asistir en su día al *Don Giovanni*, se encuentre con que son de esta ópera las palabras que él cree de algún *spartito* de Salieri, de esos de á tres al cuarto.

—¿Y Ortego? ¿Ha dicho nada?

—El pobre muchacho ha demostrado ser callado como un nicho, por más que Castro le molió á preguntas.

II

Los dos amigos salieron del parador.

Magnífico era el panorama que se ofrecía á su vista. A sus pies corría majestuoso el Rhin, surcado por barcos de blancas velas. Detrás se elevaba una suave colina con la ciudad escalonada en anfiteatro; delante, risueñas montañas matizadas de corpulentas vides y coronadas de castillejos derruidos. El sol estaba próximo al ocaso y lanzaba sus postreros rayos tiñendo de irisados colores la superficie del agua y de amarillenta claridad las cum-

bres. A un extremo del valle divisábase un puente gótico y al otro un bosque de robles y de hayas. Una fresca brisa suavizaba el calor del día, y nunca el cielo se había mostrado más azul.

Los soldados vagaban por la carretera. Formábase en algunos sitios alegres corros, bulliciosamente animados por el son de guitarras y pande-retas, tifiéndose de grana las aterciopeladas mejillas de las rubias alemanas cuando, al pasar por cerca de los soldados, oían los piropos que en pretendido tudesco les echaban aquellos mozos de atezado rostro.

Por fin, el sol desapareció enteramente y se oyó el toque de llamada.

El regimiento se formó, y, como de costumbre, emprendió su vespertina marcha.

III

Aquel día debían atravesar el Rhin para reunirse en Darmstad con Guadalajara y Asturias: allí se encontrarían también con Kindeland y Dupuy. Urgía preservarse de ser reconocidos y contaban con que, una vez encargado del mando en jefe el marqués de La Romana, les sería fácil alcanzar se les alzase todo castigo por su desacato ó que todo quedase reducido, en suma, á alguna ligera medida disciplinaria; pero no había que fiar mientras el mando continuase teniéndolo el traidor á cuyas órdenes marchaban aquellos bravos españoles.

Espinosa seguía con su costumbre de empolvase siempre, y Méndez llevaba toda la barba, cuando antes se dejaba sólo el bigote. Rosario era vista de pocos, pues, excepto las horas que departía con Espinosa en algún escondido sitio, pasaba el día en casa. Ortego les secundaba perfectamente hablándole siempre al sargento de lo mucho que sus paisanos les ponderaban la sin par belleza de la tierra de Campos.

Iba el regimiento por la carretera, ocupando los soldados los dos lados y dejando paso en medio. La luna brillaba en lo alto en todo su plenilunio, y apenas se distinguía ya el rumor del río. Era la víspera de San Pedro y veíanse fogatas en las cimas de las lejanas montañas.

La carretera seguía por la falda de los montes, encajonada á cada momento entre peñascos corta-

dos á pico y otras veces suspendida sobre abismos. Algunos de los puertos estaban abiertos en la roca viva. El paisaje empezaba á tener un aspecto agres-tivo, diferente de las alegres perspectivas del Rhin. Inmensos y espesos bosques de robles, tilos, hayas, fresnos y pinos cubrían las laderas y cimas, coronadas de rocas colosales que formaban á manera de ciclópeas murallas.

Oíanse salir de la intrincada profundidad de las selvas chillidos de aves nocturnas y extraños gritos de animales que resonaban lúgubrementemente en el silencio de la noche. Por lo demás, el regimiento parecía estar de mal humor, y de las filas salían plañideras *soleás* y playeras, que aumentaban la tristeza sentida por todos.

A consecuencia de la alternativa de gargantas y valles por donde pasaba la tropa, ora recibía ésta la intensa claridad de la luna, ora se hundía en una casi completa oscuridad.

IV

De pronto, al atravesar un desfiladero de escarpadas rocas, se oyó un rumor que, partiendo de la retaguardia, se extendió por todo el regimiento, llamando la atención del coronel.

—¿Qué es eso?—preguntó el jefe.

Nadie pudo contestar de pronto, hasta que de fila en fila llegó la explicación de lo que había motivado aquel barullo.

—¡Ha pasado el fantasma!—dijo uno.

—¡Ha pedido pan!—repuso otro.

—Ha gritado: ¡*Enrique!*—añadió un tercero.

—¡Ha huído!

—Ha dicho: ¡*No me olvidéis!*

—También ha exclamado: ¡*Hasta luego!*

—Y ha gritado: ¡*Pronto te veré!*

Todos hablaban á un tiempo, queriendo cada cual hacer creer que había visto y hablado al fantasma. Algunos llegaron hasta á sostener que había lanzado mueras á Napoleón.

El coronel tranquilizó á los soldados, y el regimiento siguió su marcha sin novedad hasta llegar á Neckarelz, cuyos habitantes tuvieron el gusto de despertarse á las cinco de la mañana electrizados por la música española, que entraba tocando el *Mambrú* con un brío y vivacidad capaces de ahu-

yentar todos los fantasmas azules, blancos y negros que pueblan los castillos del Rhin, del Elba, del Oder y del mismo Danubio, de cerúleas ondas.

Así que llegaron al pueblo, el asistente del coronel le decía á Ortego que de parte de su amo fuesen á verle en seguida las personas que él sabía.

Cuando los dos amigos recibieron el recado, dijo Espinosa:

—El coronel ha de ayudarnos, y hemos de decirselo todo.

—Todo menos que la adoro,—contestó sombrío Méndez.

A los cinco minutos los soldados entraban en el alojamiento de Jimeno, y éste les decía:

—¿Qué me cuentan del castillo de Rehinsberg mis valientes camaradas?

V

El coronel era joven aún, pues tendría, á lo más, treinta y seis años. Era de mediana estatura, moreno, de marcial figura, afable carácter y probada bravura. Procedente del cuerpo de guardias de corps, había entrado en el regimiento de capitán, ascendiendo en breve á coronel. Distinguióse soberbiamente en la guerra con Francia el año 93, penetrando en el Rosellón con el general Ricardos y recibiendo varios balazos en el pecho, de los cuales salvó milagrosamente. Como no había hecho su carrera por intrigas, apreciaba á Méndez y á Espinosa por la simpatía que le inspiraban su pundonor y bravura; de suerte que, más que jefe suyo, era su compañero de armas.

El coronel era conocido por su enemistad con Godoy y con todas sus hechuras, como eran, entre otros, Kindeland y algunos otros generales de igual estofa. En cambio, era adorado de todos sus soldados y oficiales, que se hubieran arrojado al fuego si él se lo hubiese mandado.

Al dar á conocer el coronel que tenía algún indicio de que algo les había ocurrido la víspera de San Juan, vacilaron en contestar.

—Vamos, Enrique, Ricardo: ¿no soy vuestro amigo?—exclamó.—¿No podéis contar con mi cooperación para cuanto queráis, que así mostráis reparo en confesarme lo que os haya pasado en el castillo?

Considerad que no es por frívola curiosidad por lo que os lo pregunto, sino por si me habéis de menester para algo. Si yo no hubiese distinguido una claridad en las ruinas y si el guía no hubiese desaparecido, no creería en nada de cuanto se murmura; pero yo, que he sido testigo de que antes que vosotros pudieseis llegar había luz en una saetera, tengo motivos para que me declaréis sin reparo si vuestra visita ha tenido algún resultado. Tanto más me interesa enterarme de lo ocurrido, en cuanto sé de cierto que, al pasar hace seis días por delante del castillo las fuerzas que van á vanguardia, no faltó quien se opusiera á que la tropa hiciera alto allí, á pesar de venir cansada desde Landau, como tampoco ha faltado en el regimiento quien, al pasar por el desfiladero de la Croisette, recogiese este ramo de *wergeis-meinichts*, ó sea, en castellano, *no me olvidéis*, que ha dejado caer el fantasma al atravesar la carretera, rápido como una exhalación, por entre las filas de los soldados sobrecogidos y asombrados. Y como dudo que nadie más que vosotros tenga tratos con tan misterioso personaje, cual es el que ha aparecido esta noche y más gritando: *Enrique*, que es el nombre de mi querido capitán, por eso espero que me digáis si puedo auxiliaros en vuestros amores, si tan fantasmagóricos los tenéis, ó en vuestras obras de caridad, si las hacéis, ó en vuestra venganza, si alguna debéis cumplir.

—Coronel,—dijo Espinosa,—creo que no debemos ocultaros nada, por más que habíamos determinado no hablar por de pronto una palabra á nadie de los extraordinarios sucesos que hemos presenciado.

—Todo os lo diremos,—repuso Méndez.—¿Cómo hemos de negarnos á dar conocimiento de todo al que respetamos como padre é idolatramos como jefe? Sabedlo, pues,—añadió.—En ese castillo había una mujer llamada Matilde. Esa mujer tiene en el pecho una cicatriz de terrible puñalada. Canta como un ángel y lleva un vestido azul. Sabed que por singular casualidad están en nuestro poder un pedazo de este vestido y una carta cifrada fechada el día 24 de junio, en que se pide una entrevista y se propone una fuga á una antigua amante, siendo la señal de aceptarlas si al cantar cierta aria de la ópera *Don Giovanni* deja caer el pañuelo. Sabed que la letra de esta carta parece la misma de quien se opuso á hacer alto delante del castillo al pasar la

vanguardia, y que, al pronunciar el nombre de Josefina de Glinka, huyó la mujer de la cicatriz, exhalando terrible grito.

—Y sabed,—añadió Ricardo,—que hace tres años, el 24 de junio, la cantante Josefina de Glinka cantó en el teatro del Príncipe el *Don Giovanni*, apareciendo asesinada en su casa, á la hora de terminada la representación, con una puñalada en el seno, y robadas todas sus joyas, no quedando dueña más que del azul vestido que llevaba.

—La carta está escrita en italiano, con resabios piamonteses ó corsos.

—Y se habla en ella de un general que ha de ser padrino de boda.

—Esto nos ha pasado, coronel.

—Todo lo sabéis ya, noble amigo nuestro.

—Y ¿qué pensáis hacer?—repuso Jimeno, que había escuchado con vivísima atención.

—Coronel, contamos con vos,—dijo Espinosa.—Queremos encontrar á Matilde y carear á Dupuy con ella. Queremos, si eso tarda en poder ser, probar el efecto que causará otra vez el *Don Giovanni* al autor presunto del asesinato cometido el día en que se representó en Madrid. Fiamos en que el confesor que tuvo Matilde, que es el capellán de nuestro regimiento, podrá, sin que él lo sepa, darnos más luz acerca del asesinato de lo que consiente el secreto de confesión que recibió. Queremos, en fin, perseguir á Dupuy con el recuerdo de su crimen, y cuando llegue el día no batirnos con él como caballeros, sino sentenciarlo como jueces.

—Está bien,—contestó el coronel.—Ya sabéis que todos ignoramos de dónde ha salido ese traidor sin patria conocida. Yo indagaré en dónde estaba hace tres años la víspera de San Juan y dónde estuvo el siguiente día. Quisieron matarme y no les he querido pedir cuenta de ello; pero si han matado como infames bandidos, como á infames bandidos los mataremos. No nos valgamos por ahora de la fuerza y si tan sólo de la astucia. En Darmstad volveremos á tratar del asunto. Entretanto, paciencia. Y vos, Enrique, tomad este ramo y confiad en que vuestra desconocida se os presentará cuando menos lo esperéis. Así que nos reunamos en el cuartel general, valeos de Ortego y del capitán Garroyo para comunicaros conmigo. Sobre todo, vivid entonces prevenidos para no despertar los recelos de Kindeland y sus satélites.

—Y vos, coronel, ¿no teméis alguna otra emboscada?

—No, por ahora. Napoleón ha mandado que haya la mayor tranquilidad en las fuerzas expedicionarias y que no se las dé motivo alguno de disgusto. Por lo tanto, Kindeland no se atreverá á repetir la tentativa de Arévalo. Bonaparte necesita de nosotros y no le conviene que por ahora se desconfie de su amistad. Más adelante... será otro cantar. El ejército español expedicionario se verá tratado de muy diferente modo. Para entonces necesitaremos todos unos de otros, si queremos salvarnos de Kindeland.

—¿Creéis, pues, coronel, que el emperador obra de mala fe con nosotros?

—Sí, amigo mío. Nos han sacado de España engañosamente. ¡Quiera Dios que podamos volver á ella! Pero dejemos eso y recordad que al fin de esta etapa hemos de vernos. Ya sabréis hora y sitio en tiempo oportuno.

VI

Los dos amigos salieron; pero dió la fatalísima desgracia de que se encontrasen de manos á boca con el incansable sargento Castro.

Al verlos salir de la casa del coronel, quedó asombrado.

—¿De dónde salís, muchachos?—les dijo abriendo un palmo de ojos.

—Pues ¿de dónde quiere V. que salgamos?—exclamó Méndez.—De echar un párrafo con unas *criadinas* que hay aquí, capaces de dejarle bizco al más pintado.

—Pero ¿no reparáis, mancebos, que el coronel se va á enfadar si ve que entráis y salís de su casa?

—¡Quiá, mi primero!—contestó Méndez.—El coronel no puede oponerse á que hagamos conquistas.

—Y ¿son guapas esas que decís?—repuso Castro, que no había perdido aún su afición al ramo.

—¿Que si son?—contestó Espinosa.—¡Dos angelitos!

—Pues á echar una copa á su salud, muchachos.

—Mi primero...

—¿Qué es eso? ¿Despreciáis una fineza de Juan de Castro, vuestro paisano y superior?

—¡Qué hemos de despreciar, D. Juan!—repuso Méndez.

—Vamos,—replicó Espinosa.

—Y ¡es claro, hombre! ¿Quién en esta tierra de vinillo blanco desprecia un vasito de lo más rancio del Priorato?

Y, diciendo esto, Juan de Castro arrastrólos á una taberna de las principales de Neckarelz.

VII

El local era una inmensa sala baja, de techo abovedado, toda de piedra, á la cual se descendía por varios escalones. Aun en mitad del día reinaban allí la oscuridad y la sombra. Ocupaban la pared del fondo varias filas de toneles y todo el resto mesas. Cuando entraron nuestros soldados, estaba enteramente desierta la sala.

Sentáronse los tres amigos á una mesa colocada en un tenebroso rincón y pidieron vino del Priorato, que les sirvió al instante el tabernero.

—Y ¿cómo puede ser,—exclamó Espinosa,—que encontremos aquí vino de Scala Dei?

—El tabernero de Spira, en cuya casa estuve yo alojado, me dijo que él tenía y que lo pidiese también aquí, en el establecimiento de *El Aguila de Oro*. Ya sabéis de quién hablo: de aquel tabernero catalán que nos contó lo que decían por la ciudad sobre la fantasma que también nos ha salido esta noche pasada.

—Pues ¿qué decían en Spira?—exclamó Méndez.

—¿No lo habéis oído contar á los camaradas? Aunque ahora recuerdo que vosotros también os quedasteis por el camino con Juan Ortego.

—Sí: estábamos que no podíamos dar un paso,—dijo Espinosa.

—Pues sí. Que hay fantasmas en aquel castillo no cabe duda, y así lo sabría también el ayudante del general, porque se empeñó en que la vanguardia no hiciese alto allí; de modo que llegaron á la madrugada cansadísimos todos.

—Nosotros creemos también en los fantasmas, y más habiendo oído lo que esta noche pasada decían al pasar por aquel desfiladero,—dijo Méndez.

—Creed, mancebos, que nunca había puesto fe

en ello, y que me figuraba que todo era cosa de burlería; pero cuando pienso que esta noche la he visto como os veo ahora á vosotros, no puedo menos de enfadarme con Ortego, que estaba empeñadísimo en que no había pasado nada en el castillo.

—Conque ¿V. la ha visto, mi primero?—replicó Méndez.

—¿Pues no te he dicho que sí? Yo me había quedado á retaguardia, ó, por mejor decir, montado sobre un borrico de la retaguardia, porque me dolía algo el dedo gordo, cuando, al ir á entrar la sexta en el desfiladero, veo levantarse del suelo una cosa blanca y atravesar por medio, diciendo: —*¡Enrique! ¡No me olvides!*, y ¡qué sé yo qué más! Todos los soldados han corrido, santiguándose y haciendo conjuros, y así que iba yo á seguirlos, veo por el suelo un ramo, que Dios me libre de haber tocado, sino que lo que hice fué mandar á otro que lo recogiera para luego dar yo parte al coronel.

—Y ¿no visteis más á la fantasma?

—¡Qué había de verla, si se hundió en el suelo!

—¿Se hundió?—repuso Méndez.

—Tal como os digo. Ahora debe estar otra vez en el infierno. Pero no hacemos más que hablar y no bebemos.

Bebieron los tres, y, ya fuese sueño, ya efecto del centenario Scala-Dei que habían probado, quedaron profundamente dormidos.

Al cabo de una hora, despertólos el oír el toque de llamada.

—¡Qué sueño!—dijo Castro.—No he hecho más que ver fantasmas.

—¿Qué es eso?—exclamó de súbito Méndez, como un loco.

—¿Quién lo ha traído?—añadió Espinosa, no menos lleno de estupor.

Encima de la mesa estaba un ramo de *vergeis-mein nichts*.

—¡Son las flores de la fantasma!—prorrumpió aterrado Castro.

—¡Ella aquí!—exclamó Méndez.

—¡Prudencia!—dijo en voz baja Espinosa. Y, encarándose con Castro, repuso: —Decididamente, la fantasma os persigue, mi primero. Yo, de vos, rezaría tres partes de rosario cada día para la salvación de su alma.

Preguntáronle al tabernero si había dejado alguien aquel ramo, y contestó:

—Una señorita alemana, tapada de rostro, con sayas azules, ha estado aquí un momento.

—¡La fantasma!—prorrumpió Castro.—¡Ahora comprendo cuánta razón tenía Ortego para no querer saber nada con los suecos!

Al salir de la taberna, vieron al coronel Jimeno

hablando en un oscuro portal con una apuesta muchacha, pero con basquiña negra.

—Esa sí que no es fantasma, sino de carne y hueso,—dijo Castro.—¡Dichoso coronel!

—¡Quién sabe!—contestó Espinosa.

—Parece rubia,—añadió Méndez, suspirando.



CAPÍTULO VIII

El café de San Luis

I

EN el año de gracia de 1807 había en la villa y apenas corte de Madrid un café de fisonomía especial, cual era el de San Luis, situado en la calle de la Montera, cerca de la iglesia de su nombre. Menos espacioso que el de la Fontana de Oro, menos adornado que el del Angel y menos aristocrático que el de la Cruz de Malta, el café de San Luis gozaba el favor de los guardias de corps y de los valonas, instituto éste formado de veteranos y leales suizos, y compuesto el primero de jóvenes de la más encopetada sociedad. Los guardias de corps eran por entonces muy considerados por el pueblo, y aun más por éste que por la aristocrática clase de donde procedían; consideración debida á los amoríos de aquellos jóvenes con manolas y gente del bronce con preferencia á los cortesanos sigisbeos.

Una tarde de los primeros días de julio estaban en el café saboreando sendas tazas de moka varios guardias de los dos cuerpos citados, de uniforme los unos y de paisano los otros, pero que revelaban pertenecer al fuero de guerra por la escarapela roja que llevaban en el sombrero de picos; en lo cual se distinguían del vulgo de los mortales, los cuales la llevaban negra. Había también entre ellos un lechuguino con sombrero de copa alta, señal evidente, por lo tanto, de ser de Cádiz.

—Conque,—dijo un bizarro alférez llamado Rosales, dirigiéndose al teniente Arjona,—conque ¿te parece á ti, *mameluco*, que nuestras tropas del Norte nos van á hacer falta á la hora menos pensada?

—Rosales,—contestó Arjona,—ante todo, debo decirte que encuentro enteramente de mal gusto el apodo de *mamelucos* aplicado á los que aborrecemos al corso Bonaparte, y después te repetiré que sí y que sí respecto á mis temores por la ausencia de la fuerza que ha consentido en mandar á Hanóver el favorito de la reina.

—¡Eh, caballeros!—dijo otro militar.—Dejemos correr eso y sabed una importantísima noticia: hoy ha salido desterrada para Albacete D.^a Carmen, nuestra buena amiga.

—Pues ¿qué delito ha cometido?—preguntó un guardia de corps.

—Nada menos que haberse dado en su casa un baile por suscripción el día de San Pedro. Así han decidido castigarla Godoy y María Luisa, temerosos de que aquella reunión no fuese en el fondo una conspiración terrible á favor del pobre príncipe de Asturias.

—*El Choricero* no quiere reuniones más que en su casa; pero los guardias de corps no pueden dignarse poner los pies en aquella guarida.

—Parece que en la última reunión que dió se hicieron operaciones de compra y venta capaces de hastiar al gran sultán.

—Seguramente para distraerle de esas aficiones acudieron tantos frailes aquel día.

—No hablar mal de los frailes, señores,—dijo Rosales,—porque ellos son los mejores amigos del grande emperador.

—Ya se desengañarán y serán sus más acérrimos enemigos,—replicó Arjona.

—Pero ¿tú crees que los frailes podrán jamás aborrecer á Napoleón, que tanto ha zurrado á los jacobinos?

—Le aborrecerán porque querrá zurrar también á España; pero eso ya lo veremos.

—¡Quíá, hombre! La amistad del emperador no puede ser más sincera, y en prueba de ello mira tú como quiere al príncipe y como el príncipe le quiere á él.

—Esto no me prueba nada,—continuó Arjona.—El príncipe de Asturias puede engañarse como cualquier otro.

—Quiénes se engañan son los *mamelucos*, y perdóname el nombre que te doy, mi querido amigo, pues ya sabes que es por pura broma y que no hay otro más propio para entenderse.

—Pues cuando llegue el caso veremos de quiénes sacará más provecho la nación: si de los *mamelucos* ó de los... ¿cómo diré?... afrancesados.

—Pero ¿habéis de pasaros toda la tarde charlando de política?—exclamó el guardia que había llevado la noticia del destierro de D.^a Carmen.—¡Dejad eso, con mil diablos, y hablemos de Mendoza, que se ha metido ahora á autor dramático!

—¿Ha escrito algún drama en que salga un regimiento de caballería?—replicó Rosales.

—No; pero para hacer rabiar á los *chorizos* se representa esta noche *La lugareña orgullosa*. ¡Cómo se enfadará Melón cuando lo sepa!—repuso Pinedo, que así se llamaba el gran noticiero.

—Melón,—replicó el incorregible Rosales,—ya sabe que esa comedia es un miserable plagio de *El Barón*, de Moratín, por más que digan los *polacos*.

—Pero ¿cómo puede ser plagio si aun no se ha representado ese *Barón* que dices?

—Puede haber leído el manuscrito, como lo he leído yo.

—Pues créeme, Rosales: hay que ir á ver *La lugareña* esta noche.

—¿Yo? ¿Poner yo los pies en el Príncipe? Antes ciegues que tal veas, Pinedo. Yo no me muevo de la Cruz ni reconozco más arte dramático que el de Rita Luna.

—Pues yo no acepto más genio que el de Isidoro. Además, en el Príncipe verías lo mejor de Madrid.

—Donde hay la Rita sobran todas las demás mujeres,—replicó Rosales.

—¡Eh, no todas! Si vieras á la Antonia Prado en *María Teresa de Austria* ó *El buen hijo*, del señor Comella, no te parecería tan única en el mundo la Rita Luna.

—Lo que me temo yo, señores,—dijo uno,—es que á Isidoro, por pertenecer al partido *polaco*, no le pase cualquier día lo que á D.^a Carmen, y nos lo destierren.

—Nos pasaremos sin él,—replicó un fanático de la Cruz.

—Sí, y tendremos que apechugar con *El Sí*, con *El viejo y la niña* y demás sorbetes de D. Leandro. ¿Quién nos representará entonces un *Otelo*, un *Orestes*, unos *Hijos de Edipo*, un *Abel*, ó bien un *Pastero de Madrigal* como nos lo saca Isidoro?—exclamó Pinedo con furibundo acento.

—Para entonces te queda el recurso de embobarte con Rita viéndola en *Misanropía y arrepentimiento* ó en *El perro del hortelano*, ó si quieres desternillarte de risa con Querol viéndole representar *El hechizado por fuerza* ó el papel de Polilla en *El desdén con el desdén*,—contestó Rosales, acérrimo moralista, godoyista y *lunático*.

—No, no,—contestó Pinedo.—A falta de Isidoro, bueno es Manuel García con su mujer y la Briones. Nos entretendremos con las operetas francesas traducidas al italiano.

—Yo, señores,—dijo á este punto un comandante viejo,—ya no quiero oír óperas. ¿Cómo podría sufrir á esas chillonas de ahora quien como yo ha tenido ocasión de oír, ver...?

—Y tocar,—dijo interrumpiéndole un alférez.

—¡Eh, señor subteniente, no digo yo tanto!... ¿De oír y ver en los caños del Peral á aquella divinísima Todi y á aquella celestísima Banti que en la *Alceste* y en el *Orfeo* hacían llorar hasta á los alabarderos? En el día ya no se ve nada bueno. ¡Cuando recuerdo en mi tiempo aquellas bailarinas,

por las cuales nos batíamos los oficiales como leones contra los petimetres y covachuelistas que no aplaudían! ¡Hubieseis visto á la Hutin, á la Costou, á la Duchemin! ¡Aquello eran piruetas! Y lo mismo digo de nosotros. ¡Qué brío en las gavotas! ¡Qué manera de hacer sextas el galán al bailar los solos de rigodón! Pero ahora ¿qué bailáis, jóvenes? Eso que llaman vales y que parecen inventados para reemplazar el *rorro*.

—Mi comandante,—dijo Arjona,—en su tiempo de V. la Todí y la Banti podían ser grandes cantatrices; pero lo que le puedo á V. asegurar es que hace tres años se oyó en Madrid á una tiple, alemana ó rusa, no recuerdo bien, que se dejaba atrás cuanto se haya oído jamás en el mundo en punto á sublimidad.

—Sí: es verdad, es verdad,—exclamaron algunos.—La Glinka, la que cantó el *Don Giovanni* y apareció asesinada en su casa al poco rato de acabada la función.

—Por cierto,—dijo el lechuguino del sombrero de copa, interrumpiendo su silencio,—que el hermano de la novia del teniente Espinosa, el pintor Albenza, sacó de ella un peregrino retrato en miniatura para un elevado personaje, y pude enterarme de su belleza á completa satisfacción porque más de una vez estuve presente en las sesiones, por vivir yo en la misma fonda de Genieys, donde vivía ella. Pero no fué esto lo más raro, sino que después lo ví en Cádiz en el escaparate de un platero, rodeado de un precioso marco de brillantes; y preguntando yo al maestro que cómo había podido adquirir tal joya, me manifestó que lo había comprado á un joven italiano que acababa de embarcarse para Córcega y dijo ser el de su hermana.

—¿Lo sustraerían de Palacio?—dijo Rosales.

—No, de fijo. Quizás sería otra de las alhajas que robaron á Josefina,—respondió Arjona.

—¡Extraño caso! Y ¿quedó impune el asesinato?

—Algo se susurró entonces sobre el novio ó seductor de la tiple; pero nadie supo decir dónde le había visto ni quién era.

—Y ¿qué fué del retrato de que hablaba V.?—preguntó Arjona.

El gaditano vaciló un momento en responder.

—Mi alférez, está á su disposición de V. si quiere verlo,—contestó por último.—Porque ¿qué persona de buen gusto y mediano pasar hubiera dejado que

se llevasen aquella joya? Así es que la adquirí, por puro amor al arte, señores, pues todos saben mi afición á la pintura, y en particular á cuanto sale del pincel de Albenza.

—¡Qué rara casualidad venir á parar á manos de V. la regia joya!—dijo Rosales.

—Si en lugar de ir al rey D. Carlos IV hubiese estado la miniatura destinada á nuestro futuro rey D. Fernando,—dijo Revoredó, que así se llamaba el gaditano,—en seguida me hubiera yo apresurado á devolverla; pero yo tengo mucho interés en que los matrimonios estén todos bien avenidos, y por nada del mundo me hubiera permitido lastimar el profundo amor de S. M. la reina hacia su regio esposo.

—¡Eh, paisano,—dijo el viejo comandante,—cuidadito con las pullas! En cuanto al retrato, guárdelo V.; pero no por eso me hará V. cambiar de modo de sentir tocante al supremo mérito de la Banti sobre esa rusa ó flamenca de que parecen Vds. tan prendados. ¡Ea, señores!—añadió.—Vamos á Palacio, y cuidado con las murmuraciones.

II

Los oficiales se levantaron y salieron del café. Al poco rato entraron en él dos caballeros y sentáronse á la mesa que antes habían ocupado los guardias.

Uno de ellos era un joven de apuesta figura, conociéndose su calidad de militar por la escarapela roja del sombrero. El otro tendría alguna poca más edad, llevaba unas enormes antiparras verdes y vestía frac de cuello largo, calzón corto, de color pardo, botas de campana y airoso sombrero apuntado, sin otro aditamento que la escarapela negra, sin floreos ni ramajes.

—¿Qué tomarán los señores?—preguntó el mozo.

—Tráete unas horchatas,—dijo el militar.—¿Han estado aquí los guardias?—añadió.

—Sí, capitán Desmaisieres. El teniente Arjona me ha dejado dicho que se viese V. con él en su casa esta misma noche.

—Está bien, Pepín.—Y dirigiéndose á su compañero de las antiparras:

—Iremos los dos. ¿Crees sí podría ayudarnos en algo Antonio?

—Es valiente, noble y enemigo mortal de Dupuy. Así que llegué y le manifesté el objeto que motiva-

ba mi vuelta del Norte, me dió á entender que desearía estar con nosotros. Además, conoce á Josefina por haberla retratado. A decirte lo que sospecho, creo anduvo enamorado locamente de ella.

—Pues que venga con nosotros. Y ¿qué dice Jimeno de las cosas de la guerra?

—Cree, como yo, que el emperador trama algo contra nuestra nación, de acuerdo con Godoy ó con el príncipe, ó tal vez sin dignarse contar para nada con ellos; pero el coronel no llevará á cabo ningún acto de fuerza mientras el marqués de La Romana esté al frente de la expedición.

—Estoy enteramente conforme con su modo de pensar. Y ¿cómo te ha sido posible hacer ese viaje sin dar que sospechar á las autoridades francesas?

—Paso por agregado de la embajada de París y figuro en el regimiento como baja, por enfermo. Mi nombre es D. Joaquín del Alamo.

—Lo que es concerte con este disfraz, dudo que lo lograste el más zahorí, ya que no hay memoria de haberte visto nadie de paisano desde que entraste casi de niño en la milicia. Y ¿dónde has dejado á Rosario?

—Con D. Ciriaco, que la trata de aragonesa testaruda por su tenacidad en no salir nunca de casa y ocultarse hasta el punto de despreciar ofertas para ocupar un sitio de preferencia en las misas de tropa que dice el reverendo.

—Son las cinco y media,—dijo Desmaisieres.—Podremos ver á Arjona á las ocho, y entretanto pasaremos por casa de Antonio para llevárnosle. Yo no tengo nada que hacer hasta la noche.

—Vamos, pues,—repuso el paisano.

El lector habrá adivinado ya que el concurrente del café de San Luis no era otro que Ricardo Espinosa, salido de Darmstad el 1.º de Julio y arribado felizmente á la coronada villa el 15, en virtud de lo determinado en cierta reunión á la cual asistieron el coronel Jimeno, el capitán Costa, el capitán Garrroyo, Ortego, Méndez, Espinosa y un médico español llamado Guzmán, refugiado en Darmstad desde la caída del ministerio Jovellanos. Espinosa debía verse en Madrid con el capitán de walonas Desmaisieres, y éste relacionarlo con los sujetos que considerase más á propósito. Arjona había quedado enterado desde el día antes del plan de los afiliados, y de la conversación tenida aquella tarde en el café iban á resultar gravísimos sucesos, según tendrá

ocasión de enterarse el curioso lector si gusta seguirnos en la relación de esta verídica y puntual historia.

III

El hermano de Rosario habitaba un espacioso cuarto tercero de la calle de Atocha, claro, alegre y cómodo para lo que eran entonces las casas de Madrid.

El taller ocupaba una vasta pieza con vistas á frondosos jardines. Cubrían sus paredes hermosos tapices del Escorial y preciosos guadamaciles de cabritilla de Córdoba, figurando asimismo varios bocetos de Goya, grabados de Rembrandt, Callot y Morghen, pasteles de Latour y delicados cuadros de Watteau.

Arrimados al muro veíanse varios sillones, maqueados de nácar los unos, adornados con dorada clavazón los otros. Algunos taburetes de gusto barroco, con asientos de brocado de oro y seda, servían de descanso y de ornamentación.

Caprichosamente distribuidos veíanse distintos muebles de artístico gusto: jarrones arabescos, arquetas de profusa maquetería, armarios con labores japoneses, tocadores de concha y ébano, cornucopias, cofrecillos ochavados con miniaturas al pastel, y un extraño brasero de anchurosa copa labrado en bronce.

Esparcidos por encima de la mesa hallaba la curiosidad mil objetos en que fijarse: pipas de exótica labor, candeleros, velones, pebeteros, lámparas, figurillas, etc. Varios maniqués con anticuados y vistosos trajes parecían los guardianes de aquellos tesoros.

Completaban el decorado varias armaduras y panoplias en las que figuraban cascos, corazas, rodellas, lanzones, sutiles misericordias, ballestas, sables, etc.

Tal era el interior de aquel taller justamente reputado en Madrid como uno de los más atractivos que por entonces se conociesen.

IV

Aquel día ocupaba el caballete un lienzo de singular asunto: figuraba un joven de unos treinta años, representado de cuerpo entero, de elevada

estatura, en traje de caballero de la corte de Carlos I de Inglaterra, vestido enteramente de luto, sombrío, inclinada al suelo la frente en actitud meditada, apoyada en la mano izquierda la descuidada barba y acariciando la derecha el pomo de una daga colgada del cinto, en desorden los cabellos, fijos en tierra los llorosos ojos, contraído el rostro y trágica la actitud.

En aquellos tiempos de encarnadas capas, rumbosos marselleses, vistosos casacones de color de rosa y plácidas fisonomías, causaba asombro tal modelo. El lector no lo extrañará tanto sabiendo que aquél era el retrato de Isidoro Máiquez en la célebre escena del monólogo de *Hamlet*.

Máiquez había tenido la suerte de leer *Hamlet* en una traducción francesa inédita que poseía D. Antonio Saviñón, y no había gozado, por lo tanto, la ocasión de *saborear* aún, por no haberse publicado hasta mucho después, la insufrible y pedantesca que del inconmensurable drama hakespeareano perpetuó D. Leandro Fernández de Moratín. Impresiónle al grande actor la referida escena, y dándole á leer el manuscrito á Antonio Albenza, éste comprendió todo lo que encerraba de profundo y desolador aquella duda mortal ante la idea del suicidio y bajo el cansancio de la lucha humana, y no cesó hasta conseguir de Isidoro que le prestase el concurso de su genio para representar en el lienzo y fijar en forma viviente el emblema de la conciencia combatida entre el deber y la pasividad fatalista.

Lo que no comprendió Moratín lo presintió Albenza y lo expresó plásticamente Máiquez. Efectivamente, ni uno ni otro habían leído á Batteux; á ambos les gustaban los dramas de Calderón; se les importaban bastante poco los preceptos de Arisóteles y Boileau; no tenían para qué hacer la corte al príncipe de la Paz y no se recataban de tratar con poquísimos miramientos todo lo que se basaba en los clásicos preceptos de Montiano y de Luzán. Preferían Quintana y Gallego á Meléndez Valdés y Arriaza, y sostenían en todas partes que Velázquez les gustaba más que Rafael y que gozaban más con las jotas, tiranas, caleseras, jácaras, manchegas, boleras robadas y malagueñas que con la música de Luli y de Rameau. Tenían por entonces un ídolo cada uno: Máiquez adoraba en Talma, y Antonio sentía un verdadero fanatismo por D. Francisco Goya.

V

Antonio Albenza debía de trabajar con grande ahínco en su obra, por cuanto al oscurecer había encendido gran número de cirios, que era la iluminación de la época, para continuar pintando. Al dar las nueve llamaron, y entraron en el taller Espinosa, Desmaisières y Arjona.

—Son amigos,—dijo el teniente al pintor.

Antonio saludó cortésmente, y, dejando el pincel y la paleta, se sentaron los cuatro.

—¿Estamos solos?—preguntó Espinosa.

—Solos enteramente. Puedes hablar,—respondió el pintor.

—Ya te he indicado esta mañana,—prosiguió Ricardo,—qué objeto me traía á Madrid; pero no te sabía tan enterado del asunto como estás en realidad. ¿Por qué no me decías que tú conocías á aquella desdichada y que la habías retratado?

—Ricardo,—contestó con inseguridad el pintor,—no lo he tenido presente entonces.

—Está bien, aunque permítame me cause alguna extrañeza. Pues bien: háblanos sin reparo. ¿Quieres ayudarnos? ¿Tienes motivos para no desear el castigo del crimen cometido ó bien prefieres que quede vengado?

—Sólo he de responder á esto que daría mi vida ahora mismo por lograr descubrir al asesino,—exclamó el pintor.

—No queremos saber más,—repuso Arjona,—y nos basta con eso. Puedo manifestar á V. que la miniatura que V. pintó está en poder de un amigo nuestro que la compró en Cádiz, expuesta al público en una platería.

—¡Su retrato!—prorrumpió Antonio.—¡Dios mío! ¿Yo podré ver otra vez su retrato? ¡Ah! ¡Decidme, decidme pronto dónde está!

—¡Antonio! Cálmate y escúchanos,—exclamó Ricardo con voz breve y enojada.

—Decid cuanto queráis,—repuso Antonio.

—¿Vino á tu casa alguna vez esa mujer?—preguntó Espinosa.

—Nunca: iba yo á su cuarto, fonda de Genieys. En palacio la tenían muy vigilada.

—Somos todos amigos,—prosiguió diciendo Espinosa,—y es por demás valernos de rodeos ni ocultar la verdad, lisa y llana. ¿Ella te correspondía?

Antonio se estremeció y contestó con firmeza:

—No.

—¿Tenías tú celos de alguien?

—No.

—Y ¿ella no te habló nunca de su vida pasada?

—Hablóme de haberla seducido en Lima un joven de desconocido origen, que la abandonó en Sevilla, después de haber gastado cuanto tenían.

—¿El nombre de ese joven?

—No quiso decírmelo; pero era, según parece, un italiano. Al verse sola, al considerar que su inocencia, su honor, sus bienes, su nombre, su dignidad de mujer, estaban del todo perdidos con el trato con gariteros, tahures y prostitutas á que la había obligado su raptor, renunció á su apellido, y, acordándose de que en su niñez había demostrado gran disposición para la música, se dedicó al teatro.

—¿Qué nombre llevaba antes?

—Tampoco quiso revelármelo. Ella había nacido en un castillo de Baden, cerca de Manheim. Su padre quedó viudo, con ella y un niño, y, reducido á suma pobreza, entró al servicio de España. Primero estuvo en Sevilla y pasó luego á Lima, llegando á general. El hijo había marchado á Buenos Aires de muy joven. Poco después de la fuga de Josefina apareció muerto el padre, sin saberse si fué un suicidio ó un asesinato. En cuanto á ella, después de cantar en Sevilla, se dejó oír en Lisboa, en Milán, en Barcelona, en Viena, y finalmente en Madrid. Aquí concibió por la joven una violenta pasión quien ya sabéis, y no era el primer soberano que la rendía parias. Recibí el encargo de pintar su divino rostro en un medallón, y para ello, como os he dicho, tenía yo que ir á su casa. Lo que empezó por admiración concluyó en inextinguible amor. Llegó el día que apareció en las tablas, y esperaba yo impaciente la hora de la salida para ir á felicitarla y para decirle que la adoraba, cuando recibí un aviso suyo diciéndome que estaba indispuesta y que demorase hasta la mañana siguiente mi visita. Celoso, me dirigí hacia la fonda en que vivía. Había un coche á la puerta. Esperé y ví que al dar la una salía precipitadamente un hombre cargado con un bulto, subía al carruaje y desaparecía rápidamente. Quedéme en la calle y oí al poco rato gritos de socorro. Acudí y encontré á la infeliz Josefina bañada en un mar de sangre. Me sacaron del cuarto lleno de desesperación. Al día siguiente negáronme la en-

trada. Yo iba cada hora á enterarme de su estado, sin conseguir me permitiesen, no hablarle, sino ni verla siquiera. Por último, un día me dijeron que había desaparecido, y hasta que esta mañana me has manifestado lo que habíais descubierto, no tuve de su paradero la menor noticia.

—Y ¡cuánto habrás sufrido en este tiempo, pobre amigo mío!—dijo Espinosa.

—Gracias á haberme entregado por completo al arte para borrar su recuerdo, he podido soportar la existencia. ¡Cuántas veces he pensado lo que *Hamlet* mientras he estado pintando esa figura! Ni á Rosario ni á ti os dejé traducir nada, para no afligiros; pero yo sentía dentro de mí las infernales torturas de los celos por su pasado, dolor por su falsedad postrera y amargura infinita por haberla perdido para siempre.

VI

Hubo un largo silencio.

—Pero ¿V. no pudo distinguir absolutamente al hombre que partió con el coche después del asesinato?—preguntó Arjona.

—No: pude fijarme en su estatura, que era alta; su andar era de joven, iba embozado en una capa blanca y llevaba espuelas.

—¿Reparó V. si iba alguien más dentro del coche?

—No: no iba nadie.

—Y al asesino ¿sabe V. si le vió ella mientras duraron las amistosas relaciones que con V. cultivaba?

—No lo creo. Jamás ví alterarse en lo más mínimo su carácter desde que la ví por primera vez.

—¿Supo V. que la víctima había pedido un confesor y que acudió para ello el capellán del regimiento de la Princesa?

El rostro de Antonio se nubló.

—¿Qué tienes?—repuso Espinosa.

—Oíd: fuerza es que os lo diga todo. Supe quién había sido el confesor. Fuí á su casa y le rogué de rodillas me dijese quién había sido el asesino. Mostróse sordo, mudo, inescrutable. Apelé á cuanto humanamente puede recurrirse para conmover á un hombre: me arrastré á sus pies, le ofrecí todo: nada conseguí. Entonces le apunté al pecho una pistola, y él, sonriendo desdeñosamente, me dijo: «—¡Ni vos ni todas las potestades de la tierra podrán arrancarme

un secreto de confesión!» «—Luego ¿vos sabéis,—repuse,—el nombre del asesino?» «—¡Sólo Dios lo sabe!» me contestó. Y, dejándome exánime y rendido, salió pausadamente de su habitación, mirándome compasivo.

—Trataremos,—dijo Arjona,—de inquirir algo con el retrato. Tal vez haya en él algún indicio.

—Pero ¿no parece extraño,—replicó Espinosa,—que el ladrón no destruyese ese retrato, dejando sólo el marco de brillantes?

—¿Olvidáis el valor de la pintura?—repuso Desmaisieres.—Este rasgo revela en el matador insaciable codicia.

—Yo creo que sería bueno ir ahora á casa de Revoredó á que nos diese la miniatura.

—¡Oh! ¡Sí! ¡No sabéis cuánto os lo agradeceré!—prorrumpió Albenza.

—Pues voy por ella. Pronto estaré de vuelta,—dijo Arjona levantándose y saliendo de la estancia.

VII

Quedaron los tres sin decir palabra: Espinosa, pensativo; Desmaisieres, conmovido por el pesar de Antonio, y éste abatido y sombrío.

De pronto el pintor rompió el silencio.

—¿La quiere mucho Méndez?—exclamó con sordo acento.

—Y ¿quién te ha dicho que la quiera?—repuso Espinosa.—Conoces su carácter, y más que su carácter conoces su nobleza. Méndez jamás cometerá ninguna villanía. Piensa en otra cosa.

—¿Y Dupuy?—dijo Desmaisieres después de algunos minutos de estar callados todos.

Espinosa se estremeció.

—Está en Hamburgo con Kindeland.

—Y ¿no habéis recelado nunca que pudieseis ser descubiertos?

—Hasta ahora hemos tenido suerte; pero conviene llegue allí cuanto antes el marqués para salir de nuestra apurada situación. ¿Tú sabes algo acerca de la procedencia de Dupuy?

—No mucho. Llegó á Madrid hará dos años, nadie sabe de qué parte. Le ascendieron á comandante y en seguida fué nombrado ayudante de Kindeland. Sin embargo, alguien creyó haberle visto en Madrid un año antes.

—¿Recordarías su semblante?—dijo bruscamente Espinosa á Antonio.

—Sí.

—¿Podrías hacer de memoria su retrato?

—Probaré,—dijo el artista.

Tomó un lápiz y papel, y, trazando algunos rasgos, lo enseñó á los dos militares.

—¡Caball!—dijo Desmaisieres.

—¡El mismo!—añadió Espinosa.

—Ahora esperemos á que regrese Arjona.

El guardia de corps regresó al poco rato.

—Aquí tenemos el famoso medallón,—dijo entregando una cajita de terciopelo carmesí á Antonio,—cuyo dueño os ruega lo conservéis como recuerdo de la admiración que os profesa.

Albenza abrió convulsivamente el estuche y apareció la peregrina belleza de Josefina, rodeada de un precioso marco de hermosísimos brillantes. Antonio, sin reparar en nada, lo llevó apasionadamente á sus labios.

—¿Tardarías mucho en hacer una miniatura de Dupuy igual á ésta?—dijo Espinosa.

—Sólo sería cuestión de algunas horas.

—Pues cuanto antes es preciso tenerla hecha, reemplazar el retrato de mujer por el suyo é irme á Cádiz á verme con el platero á quien le compró el medallón el amigo Revoredó. Si el platero reconoce en el original al vendedor, sabremos de fijo quién es el ladrón,—dijo Espinosa.

—¡Creo acertada tu idea!—replicó Arjona.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¿Corres peligro alguno en ir á Cádiz?—repuso Arjona.—Si así fuese, iríamos nosotros.

—Ninguno. Soy siempre D. Joaquín del Alamo, en uso de licencia para asuntos particulares.

—Siendo así, voy á dar principio á mi trabajo, y acabemos cuanto antes,—dijo Antonio.

Arjona y Desmaisieres se despidieron y quedaron solos Albenza y Espinosa.

—¿Tanto la quieres?—le dijo éste contemplando como el pintor miraba extasiado la pintura.

—¿Cómo no amarla?—contestó Antonio.—Soy desgraciado hasta lo increíble. A la vez que el deleite de contemplar otra vez esta pintura, testigo de las horas más felices de mi vida, siento dentro de mí el agudísimo martirio de los celos por lo que me has contado de Méndez.

—No pienses ahora en amoríos: piensa en venganzas. Si no la hubiesen querido matar, ella no estaría loca como está ahora, no se hubiera guarecido en aquel horrible castillo, y quizás sería ahora tu amante, si no tu esposa.

—Tienes razón, Ricardo. ¡A la obra! Mañana podrás salir para Cádiz.

Efectivamente, á la tarde siguiente, terminado el retrato, salía para Cádiz, en una silla de posta, el agregado á la embajada española en París D. Joaquín del Alamo, en uso de licencia para asuntos particulares.

VIII

Pasaron quince días sin que ninguno de sus amigos hubiese recibido noticia alguna de Espinosa. En el café de San Luis no volvió á hablarse más de teatros ni de cantatrices, preocupados como estaban los ánimos por los acontecimientos políticos. Todos hablaban de la paz de Tilsitt, concluída el día 8 de aquel caluroso mes de julio entre Napoleón y el Czar. Decían los *mamelucos* que gracias al tratado quedaba el emperador francés dueño de arreglar á su antojo la suerte de España, y que en su virtud el ejército que se susurraba iba juntándose en Bayona serviría quizás para arrojar del trono á la familia reinante y colocar en él á algún Bonaparte. Los cortesanos de Fernando y enemigos de Godoy no creían eso, pues suponían que Napoleón se limitaría á cambiar al monarca reinante por su simpático heredero, y los amigos del príncipe de la Paz y de Carlos IV se las prometían muy felices á su vez dando por seguro que el rey de España recibiría juntamente con varias colonias portuguesas el rimbombante título de *emperador de las dos Américas* y Godoy el de *príncipe de los Algarbes*, como propiedad y soberanía suya. Fuera, pues, de los *mamelucos*, todos los demás partidos de la corte estaban contentísimos con que Napoleón hubiese vencido á los rusos en Eylau y á los rusos y prusianos en Friedland, como si aquellas victorias entrasen para nada en el bien de los españoles.

Así estaban las cosas, cuando á primeros de agosto paró delante la puerta de la casa de Albenza un inmenso coche de los llamados *bombés*, tirado por dos briosos caballos, lo cual constituía por entonces notable novedad, puesto que sólo se empleaban mu-

las para los tiros, entrando poco después en el taller un personaje cuya visita causó vivo asombro á Antonio.

IX

Rayaría la edad del recién llegado en los cuarenta y cinco años. Era de elevada estatura, blanco, rubio, muy colorado, de fisonomía apacible y poco expresiva. Iba vestido con una riquísima casaca de color de tórtola con botonadura de acero, calzón corto de igual matiz, chupa de raso blanco bordada, medias de seda, zapato con hebilla, y espadín, remedando en un todo al traje puesto de moda en su corte por Napoleón y llamado vulgarmente de *marqués*. Ceñía el visitante fajín de seda azul y tenía en la mano un sombrero con plumas y un bastón.

Antonio contestó fría, aunque cortésmente, al saludo del personaje.

—¿A qué puedo deber el honor de que visite mi casa el señor príncipe de la Paz?—dijo con ceremoniosa reverencia el pintor.—Pero sírvase V. A. tomar asiento ante todo,—añadió señalando un riquísimo sillón.

Godoy se excusó de hacerlo, y con tono amabilísimo preguntóle:

—¿Recordaría V., señor D. Antonio, cierto retrato en miniatura que hizo V. de una cantante hará unos dos años?

Antonio hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Motivos que no hay para qué revelar aún hacen que la posesión de ese retrato me interese sobremanera, hasta el punto de no poner precio á cuanto por él me pida V.

—Sin duda, ignorará V. A. que la cantante estuvo á punto de morir asesinada, desapareciendo todos los regalos y joyas que poseía,—contestó Antonio.

—Es verdad lo que V. me dice. Pero ¿no se podría conseguir otro retrato igual?

—Imposible, señor príncipe, no teniendo el modelo delante.

—Supe que en Cádiz estaba el medallón; pero cuando fueron á recobrarlo ya se lo habían vendido á un particular, y creí que éste no se lo hubiese devuelto á V.

Antonio quedó ligeramente turbado, y le interrumpió diciendo:

—El medallón de que V. A. me habla no ha estado jamás en mi poder.

—Pero ¿no podría V., á lo menos, ayudarme á buscarlo?

—Eso sí.

—En un doble fondo que tiene la tapa hay grabada cierta firma que me convendría poner de manifiesto ante ilustres ojos. En el reverso de la miniatura hay otra, asimismo disimulada en una doble cartulina, y es tan interesante para mí esta firma que de nuevo os suplico me ayudéis á buscar á todo trance la tal joya.

—Señor...

—Me consta que el dueño de la miniatura os la ha regalado, y no os pido ya ahora que me cedáis ni el marco ni el retrato, sino que tan sólo me declararéis ante quien convenga que hicisteis el retrato de la cantante por augusto encargo.

—¿Por quién me tomáis?—exclamó Antonio ruborizándose de ira.—¡Si estáis acostumbrado á tratar con quienes esperan de rodillas vuestras órdenes y tienen á envidiable honor plegarse á todas vuestras exigencias, sabed que yo no consiento en hacer servir mi lengua para secundar palaciegas intrigas, ni mi pincel para ayudar á desapoderadas ambiciones!

El príncipe de la Paz se puso pálido, con tener de tan subido carmín las mejillas, y repuso:

—Preciso será, pues, que se lo diga á V. todo, don Antonio, aunque confío en que guardará V. el secreto por ahora. La corona española no sienta bien en las sienes de ese rey imbécil que nos pone en ridículo ante Europa. Yo puedo contar con la reina para dar el golpe y colocar en el trono de San Fernando á sujeto digno de tal honor; pero la reina, si aborrece al rey como soberano, no puede odiarle como esposo. Probar que el rey había sentido amores por otra mujer sería romper el único vínculo que á él le enlaza y vencer el solo obstáculo que se levanta ante la conciencia de María Luisa. Pues bien: ese retrato es la única prueba, y á cambio de él repito que pidáis cuanto gustéis. El rey quedaría confundido, y, teniendo á su esposa y á su hijo por enemigos, abdicaría, y yo entonces sería el regente. Después... veríamos.

X

Antonio quedó asombrado en aquella revelación.

—Volveré dentro de ocho días, y si no es para una cosa, cuento con V. para otra. Entretanto permítame V. que le ruegue quiera ser mi amigo. Además,—repuso Godoy,— como mi venida á su casa de V. podría ser comentada de diversos modos, diga V. que he estado á encargarle un cuadro, cuyo asunto dejo enteramente á su elección de V.

Diciendo esto dirigió la vista por el taller y se fijó en el retrato de Máiquez.

—¡Calle!—dijo.—¡Singular papel ha escogido Isidoro para ser retratado! Según lo que alguna vez me ha explicado Moratín, ese debe de ser *Hamlet* en la escena que empieza: *Existir ó no existir...*

—*Ser ó no ser*, señor príncipe, cree Máiquez que debe traducirse.

—Es verdad que está mejor así. Ya se lo diré yo á D. Leandro.

Y tomando la mano del pintor para despedirse y mirándole fijamente, murmuró:

—Usted tiene razón: *Ser ó no ser*.

A los pocos momentos oyóse el rumor de un coche que se alejaba.

XI

Antonio estaba más impaciente que nunca esperando la vuelta de Espinosa. Por fin, llegó aquel mismo día, cerca de las diez de la noche, acompañado de Arjona y Desmaisieres.

—¿Qué has podido descubrir en Cádiz?—fué la primera pregunta de Albenza.

—Dupuy fué quien vendió la joya. El platero reconoció al instante su fisonomía en la del retrato que hiciste. Además, buscó en sus libros alguna indicación sobre la compra y resultó que el vendedor exhibió un pasaporte extendido á nombre de Alberto Cavalcanti, cuyas señas confrontaban con las del original. Grande empeño mostró luego el platero en adquirir de nuevo la joya, pues por más que le dije mil veces que yo ignoraba su paradero, se presentó á bordo, así que estábamos para darnos á la vela para Valencia, ofreciéndome cien onzas por el medallón, lo cual me hace recelar no haya alguien á quien también le importe mucho poseerlo.

—De todas maneras,—dijo Arjona,—sabemos ya, gracias á tus diligencias, quién fué el asesino.

—Todo te lo debo á ti, mi buen amigo,—replicó Espinosa.

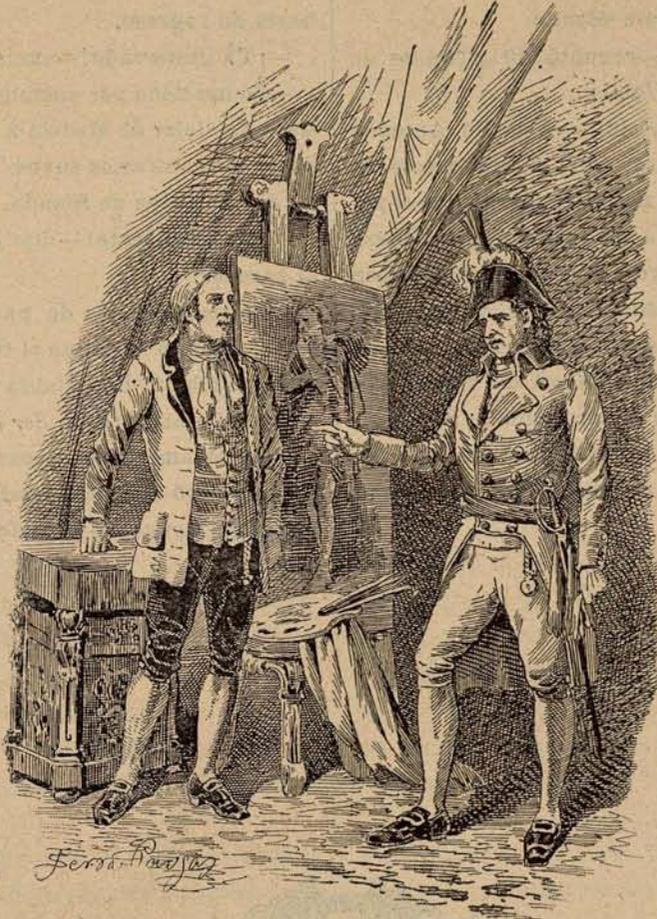
—Ahora manos á la obra y caiga pronto el criminal en nuestras manos,—añadió Desmaisieres.

Cuando quedaron solos Espinosa y Antonio, éste sacó el medallón y, apretando un resorte, vió, en efecto, grabada en un doble fondo de la tapa una dedicatoria con la firma de una augusta persona.

—¿Qué estás haciendo?—preguntó Espinosa.

—Ya ves,—contestó Antonio enseñándole el secreto;—Godoy quiere esa joya.

—Pues dásele. Adivino su plan. ¿Qué interés puede tener el favorito en poseer un medallón de mujer que no se ha hecho para la reina y lleva esa fir-



—Pues bien: ese retrato es la única prueba ...

ma sino el de desunir más aún á los consortes y aprovecharse él de las rencillas para llevar adelante sus ambiciosos proyectos? Dáselo, Antonio: éste es mi parecer: así caerán más pronto reyes, príncipes y favoritos. Ya te mandaré instrucciones desde Hamburgo.

—Y ¿qué dirá Revoredo?

—El medallón no tiene mérito alguno. Sería diferente si fuese la miniatura.

—¡Oh! ¡El retrato, jamás!

—Por algo Revoredo es *mameluco* como nosotros.

Además, que no es necesario ceder la joya: bastará que la reina la vea. Pero nosotros,—añadió con ironía Espinosa,—tenemos derecho á que se nos pague favor con favor y á que el generalísimo nos diga qué méritos ha contraído Alberto Cavalcanti para ser comandante y llamarse Dupuy.

—¡Oh! ¡Sí! Eso es lo que debemos exigir, y que se os reponga en seguida á ti y á Méndez.

—Me falta ahora el tiempo. Tú cuidarás de eso, y por medio de Desmaisieres podrás comunicarte conmigo cuando esté en el regimiento. Hasta que Go-

doy no lo haya revelado todo, no cedas. Bastará con que afirme que realmente Cavalcanti y Dupuy son una misma persona. Sin eso, nada.

Oyéronse pasos y Espinosa se retiró.

XII

El que entraba era Isidoro Máiquez, preocupado, pero siempre correctamente vestido.

—¿Cómo tienes eso?—preguntó dirigiéndose en derechura al cuadro de *Hamlet*.

—Sólo falta darle el barniz,—respondió Antonio.

—¡Si supieras, Albenza, cuánto me desespera verme así en el cuadro y no poder lograr que el público entero me contemple de esta misma manera en el escenario! ¡Oh! Si yo tuviese conmigo quien pudiese representar á Ofelia, quienes comprendiesen los numerosos personajes de la obra, la nobleza de Horacio, la presuntuosa necedad de Polonio, la petulancia de Laertes, los remordimientos de la reina, la ambición de Claudio, verías entonces qué espectáculo daría Máiquez, el ignaro Máiquez, como me llaman los *chorizos*.

—Pues, con tener todo eso,—le contestó Antonio —aun te faltaría lo principal.

—¡Qué!—exclamó Máiquez.

—Público que lo entendiese.

Máiquez bajó la cabeza y murmuró:

—Tal vez tengas razón. Pero hablemos ya de lo que me trae aquí. Mañana salgo desterrado de Madrid, y, no estando yo, guarda bien aquí este lienzo hasta mi regreso.

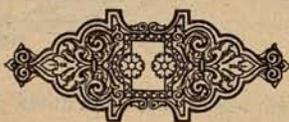
—¡Tú desterrado!—exclamó Antonio.

—Se me tiene por enemigo de Godoy, y parece se trata de alejar de Madrid á cuantos están significados como contrarios suyos. Se pretende que imagine dar un golpe de Estado.

—¡Qué disparate!—dijo Antonio, como distraído, al parecer.

—No tendría nada de particular. Todos tiramos á dar. Cuando le llegue el turno á él... le desterraremos también. La palabra de Hamlet es la que encierra la gran verdad: *Ser ó no ser*.

Los dos amigos se abrazaron estrechamente, y Antonio salió al balcón hasta que perdió de vista la arrogante figura del grande actor.



CAPÍTULO IX

Anuncios de tempestad

I

SABES, pistolo, que estoy cansado de esperar que vuelva á las filas el teólogo de mi tierra?—decía el sargento Juan de Castro á su tocayo Ortego, paseándose, terminada la lista, por la plaza Mayor de Hamburgo, quince días después de la escena que acabamos de referir.

—No haga V. caso de eso, mi primero,—contestó Ortego.—Ya recordará V. que le dejamos en Darmstadt muy enfermo, en casa de aquel doctor español que hay allí.

—Mientras no se haya muerto, todo irá bien. Y sería lástima, á la verdad, porque es muchacho que haría carrera en la milicia.

—Descuide V., que á la hora menos pensada nos lo vamos á encontrar.

—Yo he preguntado muchas veces al capitán Garrroyo por él, y ¿sabes lo que me ha contestado siempre, pistolo?

—¿Qué? ¿Que tenía la viruela negra, la hospitalaria, que estaba malo del pecho ó que tenía lombrices?

—Nada de eso: me ha contestado invariablemente que no me metiese en lo que no me importaba.

—¡Caramba, mi primero!

—Que no se haya incorporado al regimiento hasta ahora, no me sabe mal, porque, á la verdad, este país lleno de ríos y de lagunajos, llano como la Man-

cha, con más patos que la Albufera y plagado de tercianas, maldito el gusto que puede darle á nadie; pero ahora que vamos á hacer la guerra á los suecos, sí que me sabrá mal que no esté con nosotros.

—Estará, estará, mi primero. Así que él sepa que el regimiento sale á operaciones, aunque esté enfermo de alferecía ó de la fiebre pintada, correrá á reunirse con nosotros.

—Dios te oiga, pistolo, pues de veras le quería yo á Juan, aunque no fuese más que por el parecido que tiene con el pobre teniente Espinosa.

—Eso sí que es un desatino, y V. dispense, mi primero. ¡Lo mismo se parece él á Espinosa que yo á un paje tudesco!

—Pues mira: me habré equivocado, pero también lo han dicho otros.

—Mi primero, déjeles V. decir. El teniente estará, sin duda, bien escondido en Madrid, para que no le cojan. Y dígame V., mi primero: ¿cuándo empezaremos esa guerra contra los azules?

—Contra los suecos querrás decir.

—Es verdad, mi primero, que me equivoqué; pero como V. me dijo que iban vestidos de azul...

—¡Ah! Sí: ya recuerdo. Fué aquel día cuando negabas que en el castillo hubiese pasado nada. Pues ya ves: yo mismo ví después á la fantasma

que habita por allí, y que iba con un vestido azul. Yo mismo la ví y le hablé.

—Sí, sí: ya se lo oí contar á V., cuando montado en un borrico sufrió aquel grande susto.

—Verás, pistolo: susto no fué; aunque, de todas maneras, Dios me libre de encontrarme otra vez en trance igual. Pero, hablando de otra cosa, ¿te diviertes mucho aquí, picarón?

—¿Cómo quiere V. que se divierta nadie en esta maldita tierra, ó, mejor dicho, en este charco?

—Pues yo lo paso, si quieres que te diga la verdad, muy bien en cuanto á mí. La patrona hace unos potajes de tortuga que á echarles menos pimienta serían cosa de relamerse de gusto, y sirve unas carpas fritas que si las sacase á la mesa sin escamas serían dignas de un rey. Y ¿qué tal va de conquistas?

—¡Psé! Tengo hechas cuatro, nada más.

—¡Cuatro! Y ¿dices que no te diviertes? Pues, hombre, á no ser por mi patrona, madama Gúdula, todavía estaría por empezar.

—Pero, en cambio, mi primero, come V. carpas, tortugas y ¡qué sé yo!, y yo no puedo salir nunca de pan y queso y arenques. Tan sólo una vez he probado unas ostras que fuimos á comernos con una *criadiquia* en la taberna de Lorenzo.

—No me hagas recordar las criadas de esta tierra, pistolo, porque me tienen derretido. Es lo único que hay bueno, pero bueno, bueno, bueno, en el ramo de mujeres. Las demás, incluso madama Gúdula, son verdaderos elefantes.

—En eso le doy á V. la razón, mi primero. Es verdad que las criadas de Hamburgo son muy bonitas.

—Y unas más que otras. He visto algunas veces á Manuel, el hermano del pobre Juan, pelar la pava con una rubia que bien te puedo asegurar que es digna de un general en jefe, aunque hay que reconocer que él es también muy guapo; al fin, como de Tierra de Campos, aunque no lo parezca por su carácter ensimismado y hurafío.

—Cada uno se arregla como puede, mi primero; pero, con todo y mis cuatro chicas, ya quisiera haber perdido de vista esta población de almacenes de sardinas.

—¡Qué veo!—exclamó de pronto el sargento.—Pistolo: ¿no es aquél Juan del Río?

—El mismo es, mi primero,—respondió sin poder contener su alegría el buen Ortego.

—¡Eh! ¡Juan! ¡Juanín!—gritó Castro.

II

Espinosa se volvió y saludó al sargento con gran aplomo.

—¡A la orden, mi primero!—dijo.—Ya ve V. como no me he muerto, á pesar de la terrible enfermedad por que he pasado.

—¿Qué has tenido, muchacho?

—Dijo el doctor que ha sido una fiebre maligna.

—¡Canastos! Pues te has librado de buena, mancebo. Eso debiste cogerlo aquella noche de San Juan, que os quedasteis rezagados. ¡Fortuna ha sido que éste no la hubiese cogido también!

—Y V., mi primero, ¿va bien esa salud?

—Perfectamente, Juanico, perfectamente. ¡Pero á la fuerza tenemos que ir á celebrar tu vuelta echando un traguito en el Pavillón! ¡Verás qué café tan lujoso! Parece el de la Cruz de Malta de Madrid.

—Vamos allá, mi primero.

Los tres entraron en el Pavillón, vasta pieza formada bajo una gran tienda de campaña, precedida de un jardincillo con arbustos.

La concurrencia estaba compuesta de lo más abigarrado que se pueda concebir en punto á mezcla de tipos y de acentos. Había allí españoles, holandeses, alemanes, italianos, judíos, dinamarqueses, rusos, griegos, polacos, suizos, turcos, americanos y chinos. En fin, todos los seres que pueblan el universo, excepto ingleses.

Hamburgo era entonces, como es hoy, un emporio comercial, rival de Londres y Amsterdam. Por aquel tiempo constituía una ciudad libre con sus magistrados propios é independientes. Eran sus moradores, en general, comerciantes y banqueros, judíos en gran parte, por lo cual causaba singular impresión ver mezclada con aquellos bolsistas y mercaderes de especias, sesudos y acompasados, la maleante, bulliciosa y alegre tropa española, modelo de animación y rebullicio en todo tiempo, y valiente porque sí.

III

Aquel día había en el Pavillón más animación que de costumbre. Los bolsistas gesticulaban, los mercaderes de especias tenían los semblantes demudados, los oficiales franceses gritaban aún más

que de costumbre, y los filarmónicos habían pedido al dueño del café que cesase de tocar el profesor de violín que amenizaba las horas de la siesta.

Aquella agitación no pasó inadvertida para los tres camaradas, que fueron á sentarse en una mesa donde había varios españoles.

—¿Qué hay?—preguntó Castro á otro sargento llamado Flores, que era de Guadalajara.

—Pues ni más ni menos sino que hoy llegan los ingleses para atacar á Hamburgo.

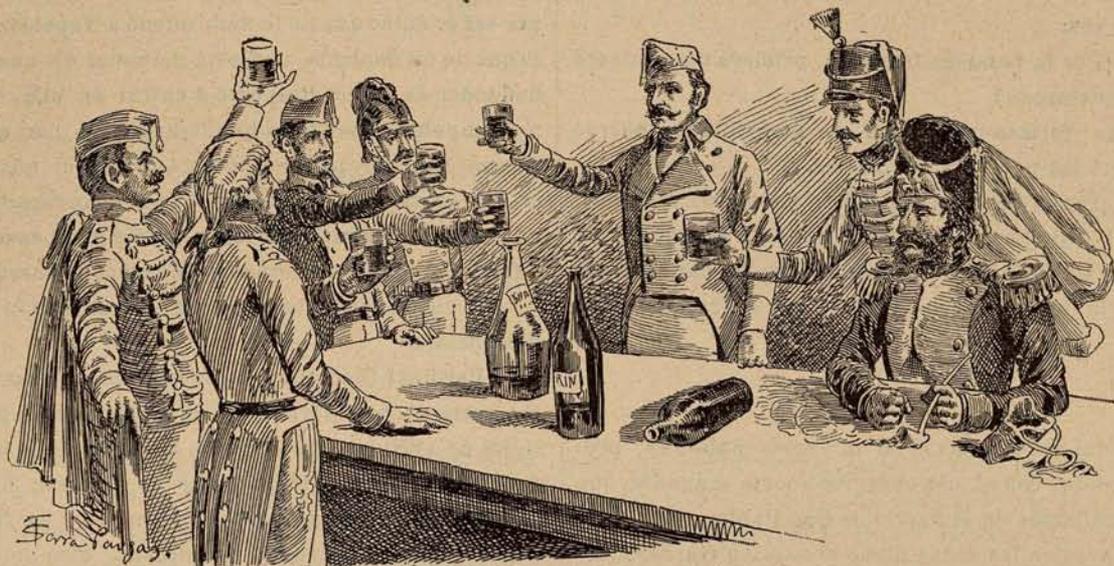
—Yo he oído decir,—replicó un furriel,—que no vienen aquí, sino que van á socorrer á Stralsunda.

—¿Allí donde llevaron aquella páliza los franceses?—preguntó un sargento-brigada.

—Allí mismo.—contestó el furriel.—Pero eso de la paliza es exagerado.

—Yo sé más: sé que vais vosotros y la caballería del Rey á Stralsunda,—añadió el sargento Flores.

—¡Vaya! Pues ¿y vosotros?



—¡Brindemos por España!—exclamó Juan de Castro.

—Seguiremos aquí pudriéndonos hasta que le dé la gana al emperador.

—Ya quisiera estar yo allí,—dijo Ortego.

—Y ¿qué harán tus cuatro novias?—replicó Castro.

—¡Eh! Ya se las dejaré á V. en mi testamento, mi primero,—contestó alegremente el murciano.

—Y ¿quién va á mandar la expedición española?

—El coronel de vuestro regimiento. Los demás seguirán aquí esperando al marqués de la Romana.

—¿Y el general Kindeland?—preguntó Ortego.

—Queda aquí también. Parece que la expedición ha de durar poco.

—Estarán amoscados,—dijo una voz,—por la de Dantzig, que les costó tanto que fué menester que acudiese Napoleón con doscientos mil hombres á ayudar á los sitiadores.

—Sí: será eso,—repuso Flores.—Se trata de que

todo quede listo en quince días. Se van á dar asaltos terribles.

—No faltaremos,—dijo Ortego.—Estoy impaciente por dar un asalto.

—¡Bien, muchacho! Y, para que te vayas haciendo, empecemos por asaltar unas cuantas botellas de vinillo del Rhin, que es tan blanco.

—¡Venga de ahí, mi primero!

—¡Brindemos por España!—exclamó Juan de Castro.

—¡Por España!—exclamaron en coro cuantos españoles había en el Pavillón.

Los franceses que había allí presentes no quisieron ser menos, y un barbudo comandante de granaderos gritó con voz vinosa y carraspeño acento:

—¡Por la grandeza de la Francia imperial! ¡Y al que no brinde le corto las orejas!

Apenas acabó de decir eso el comandante, recibió

un botellazo en la cara. Los franceses acogieron ruidosamente aquella demostración.

—¡He sido yo!—exclamó un joven coronel llamado D. Juan Díaz Porlier.—Al salir nos veremos. Siga la broma.

—¡Por que en Stralsunda,—dijo entonces Espinosa,—sea el pabellón español el que flote primero en la brecha! ¡Y lo será!

—¡Bravo!—exclamaron todos.

El comandante francés que recibió el botellazo no había escarmentado aún, y repuso, levantándose otra vez:

—¡Por la bandera francesa, primera que ondeará en Stralsunda!

Una furiosa tempestad de amartillados hurras acogió las palabras del militar.

—¡Por la bandera española, que guiará á la francesa!—dijo una voz.—¡Por la bandera española, que llegará antes que la francesa! ¡Por la bandera española, que jamás irá á la par con la francesa!

IV

Todos se levantaron al oír estas palabras, pronunciadas con el más enérgico acento aragonés, que resonó jamás en el barrio de San Pablo.

Era quien las había dicho el capitán Garroyo, terror de los hamburgueses desde que puso los pies en la ciudad, desesperación de los calaveras civiles y militares de España y las naciones aliadas, y pesadilla de los oficiales franceses, que siempre tropezaban con sus protestas, vetos, negativas, atenuaciones, críticas, censuras, sátiras, bromas y desdenes cuando se hablaba de los triunfos y planes del emperador y sus diez y seis mariscales.

—Eso se verá, señor capitán,—exclamó uno de igual clase francés.

—Se verá cuando llegue el caso, y si es menester antes,—replicó Garroyo.

—No debiendo tardar la toma de Stralsunda, no hay para qué hacer la prueba con anticipación; pero conste que el señor ha dicho que los españoles entrarían en Stralsunda antes que nosotros.

—Y lo repetimos,—repuso Garroyo.

Todos volvieron á sentarse, encendidos en cólera los franceses y riendo más de lo natural los españoles.

—No pueden Vds. figurarse,—exclamó Garroyo,

volviendo á la carga,—lo que empiezan á reventar. me esos aliados nuestros que todo lo quieren para sí y se figuran que no hay otro que su emperador. Hasta ahora han tenido la suerte de habérselas con prusianos, austriacos, rusos, italianos y otras pobres gentes, pero veríamos lo que les sucedería si tuviesen que habérselas con nosotros. ¡Día llegará quizás en que les demos julepe! Entretanto, os digo la verdad que me duele ir á hacerles ningún daño á esos valientes suecos que ningún mal nos han hecho y cuyo rey me inspira profunda simpatía y respeto por ser el único que no le tiene miedo á Napoleón. En lo que de mí dependa, nadie ha de temer de cuantos defienden la plaza. Respecto á entrar en ella, será mi compañía la primera que lo haga, no por entusiasmo, sino por quitar á esos gabachos el gustazo de ir á contarle al emperador que el abanderado tal ha plantado el águila antes que nadie en el castillo, ó fuerte, ó lo que sea, que encontremos primero.

—Lo mismo decimos nosotros,—exclamaron varios oficiales.

—¡Pardiez! Bien claro se ha visto lo que han hecho hasta ahora los franceses en Stralsunda. A principios de abril el general sueco Essex forzó la línea del bloqueo y los embistió que no pararon hasta Stettin. Ellos dicen que fué una retirada en buen orden, y que su general, Grandjean, hizo lo que pudo; pero no sé que sea una retirada en buen orden el perder una inmensa cantidad de municiones y pertrechos, tener gran número de muertos y heridos, hacerles prisioneras las guarniciones de las islas de Osedom y Woillin, y á poco más verse envueltos por las alas. Gracias á que el mariscal Mortier fué á socorrerlos, que si no...

—Y gracias á que los ingleses no acudieron al socorro, como debían,—repuso otro oficial.

En esto empezaron á oírse toques de llamada, que llenaron de alegría al belicoso Ortego, de mal humor á Castro, contrariaron algo á Espinosa y le dejaron indiferente á Garroyo, que salió del café metiendo un ruido de mil diablos con el sable, silbando entre dientes el *Mambrú* y diciendo algunas palabras indistintas mezcladas con la sonora y rotunda interjección que resuena treinta mil veces al día ante la mole imponente de la Torre Nueva de Zaragoza.

Súpose al día siguiente que, en el duelo entre Porlier y el comandante francés, éste había quedado gravemente herido de una estocada.

CAPÍTULO X

Las emociones del capitán Méndez

I

VOLVAMOS por un momento la vista atrás para enterarnos de lo ocurrido durante la ausencia de Espinosa.

Recordará el lector que al llegar á Darmstad debían reunirse el coronel Jimeno, nuestros héroes y algunos otros oficiales para tratar de lo que convenía hacer para llegar al descubrimiento del crimen atribuido á Dupuy, y del cual cada vez aparecía éste con mayor evidencia como autor. En Darmstad, pues, se decidió que Espinosa fuera á Madrid con la misión de descubrir cuanto le fuese posible respecto al misterioso asesinato de la Glinka, dándole para ello muchas recomendaciones. Ya hemos dicho de qué inesperada manera pudo venir en conocimiento de ser en realidad Dupuy, ó por su legítimo nombre Alberto Cavalcanti, el verdadero autor del robo y asesinato cometido en la persona de su antigua víctima, y excusado parecerá manifestar que inmediatamente que regresó de España fué Espinosa á dar cuenta del resultado de su excursión á los amigos que habían decidido en Darmstad aquel viaje. Bueno será, pues, que enteremos ahora al lector de las novedades que durante este tiempo habían ocurrido.

En el regimiento no había nadie que dudase de la

verdadera existencia y realidad de la aparición de una mujer ó fantasma en el desfladero de la Croisette. Pero nadie había creído al sargento Castro cuando quiso que pasase también por artículo de fe que la fantasma había estado de igual manera en la taberna de Neckarelz, donde había dejado para él un ramo de flores azules. Preocupados los ánimos con las noticias de próximos combates contra los ingleses, cuyo desembarco en las costas del mar del Norte se anunciaba diariamente, cuando no el rompimiento del bloqueo del Elba y del Weser por los mismos hijos de la pérfida Albión, nadie se había ocupado más en aquel asunto. Los mismos conjurados, descansando en la actividad y energía de Espinosa, estaban distraídos de aquella cuestión; pero no así Méndez, que, más enamorado que nunca, no pensaba en otra cosa que en su adorada aparición y en poder verla y seguir otra vez, aunque fuese á una caverna de ladrones. Agujoneado por la certeza de que Matilde estaba siempre cerca de su presencia, como lo demostraba su aparición en el desfladero y el ramo de flores encontrado sobre la mesa de la taberna, sentía una sorda irritación ante su impotencia para encontrarla. Pasábase sin dormir las noches esperando se le apareciese, vagaba por los si-

tios desiertos en busca suya, y á todas horas creía ya tenerla, huyendo siempre delante de él como un efecto de espejismo.

II

Al día siguiente de haber llegado la expedición á Hamburgo, sería á mediados de julio, recorría Méndez, al caer de la tarde, las orillas del Elba, creyendo ver surgir á cada momento del fondo del agua, cual ligera ondina, la dulce figura de su amada, cuando, cansado del largo camino, sentóse al pie de un frondoso sauce cuyas ramas se sumergían en la corriente del río. Recostóse muellemente y cerró los ojos, quedando en una especie de letargo. De pronto despertóle la impresión violentísima de un beso estampado en su frente, y antes de que hubiese podido ponerse en pie, vió rápida como una sombra saltar en una canoa una figura de mujer. La barca desapareció velozmente en la semioscuridad que ya reinaba, quedando el pobre capitán como insensato y fuera de sí.

Otro día, también al oscurecer, oyó su nombre, murmurado detrás de una celosía; y al intentar buscar la entrada de la casa notó con despecho que no la tenía en la calle por donde pasaba. Por último, después de mil revueltas, dió con ella, y se fué sin esperanza alguna de adquirir noticias respecto de la tenaz fugitiva, pues aquella casa estaba deshabitada desde hacía largos años, por creerse mansión de duendes.

No pasó de esto una semana cuando se encontró en su cuarto una hermosa trenza de rubios cabellos atada con un negro lazo. ¿Por qué perseguirle tanto y huírle con tanta pertinacia?

III

Una noche tuvo un rayo de inspiración y se fué al cementerio. El guarda del recinto, creyéndole un extravagante, se negaba á facilitarle la entrada; pero pudo más que su temor el argumento de algunos marcos, y Méndez se encontró dentro. Entonces, cual si de veras estuviera loco, dió al viento el nombre de su adorada, y con asombro mezclado de alegría oyó como el eco repetía el suyo. Fué co-

riendo hacia donde había oído la voz, y se encontró en presencia de una mujer envuelta en una flotante gasa negra.

Brilló entonces la luna llena, apareciendo en lo alto de la colina á cuyo pie estaba el cementerio. Filtraba su claridad por entre el ramaje de los cipreses, apretados como si formasen un bosque de fantasmas. Divisábanse, tomando aspecto de vivientes seres, las estatuas de los panteones, y al pie de una alta cruz de piedra, con el semblante bañado en luz, semejante á la sombra de Julieta, apareció Matilde, suelta la abundante cabellera y esparcida por la espalda, sonriente, enamorada, radiante de hermosura.

Oíase el trinar de los ruiseñores y el dulcísimo susurro de una fuente; resonaban los chirridos de los grillos, y llegaba hasta allí, claro y perceptible, el estridente y lejano aullido de los perros. La noche era calurosa. Exhalaban su olor suave las violetas y las rosas, y dominaba confusamente todos los rumores el lejano murmullo del Elba, cuyas húmedas brisas alcanzaban hasta aquel sitio.

Méndez había dejado en su casa el traje militar é iba de paisano, descubierta la cabeza. Al ver ante él, palpitante, hermosa, viva y erguida á su amante tan deseada, cayó á sus pies de rodillas.

—¡Al fin, al fin!—exclamó.—Pero dime, antes que nada, que no vas á huír más de mí y que permanecerás siempre á mi lado para que pueda estar eternamente postrado ante tu imagen.

Matilde, muda de placer, le estrechó la mano.

—¡Júramelo por nuestro amor, mi bien!—exclamó Méndez.—¡Júrame no separarte más de mí!

—Sí,—contestó ella,—sí: te lo juro. Te juro que no me moveré más de tu lado y que te seguiré doquiera que vayas.

—¿Por qué has huído tantas veces? ¿Por qué me has martirizado mostrándote tan de cerca para desaparecer rápida como esas estrellas errantes que ahora cruzan por el cielo?

—Tenía miedo de tanta dicha, Enrique de mi alma,—contestó ella.—He sido tan desventurada que me hace estremecer la idea de ser feliz; pero ahora no puedo resistir más. Moriré alegre y dichosa después de verte otra vez y de oír como repites que me amas.

—¿Has pensado siempre en mí?

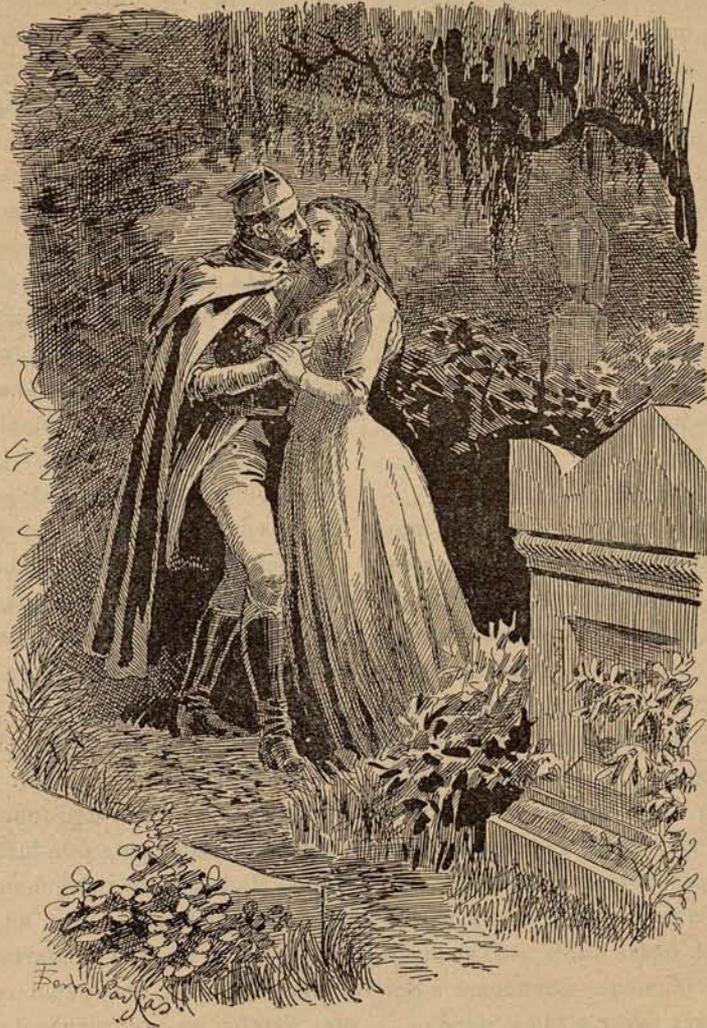
—No he pensado más que en tu amor, sí, bien

mío, amado mío. ¿Qué puede importarme nada del mundo, á no ser tú?

—Yo también he pensado siempre en ti, Matilde mía, y he pensado en vengarte. Dentro de pocos días habrá muerto tu asesino. Tú lo verás, porque ha de morir á presencia tuya.

—Y ¿para qué quiero yo ahora tal venganza? Yo sólo quiero que me ames.

—¿Qué es vengarte sino amarte, triste mía? Ni Dios ni los hombres pueden dejar impune un crimen cual el que contigo se cometió. Todo lo hemos descubierto. La carta que llevabas y recibiste el día



—¡Júramelo por nuestro amor, mi bien!

en que te hirió, lo ha aclarado todo. Ahora está mi amigo, mi hermano Espinosa, en España, y ya verás como á su vuelta caerá en nuestro poder, para ser juzgado, el autor de tu desdicha, aquel que te condujo á la perdición y labró tu deshonra.

—Si tanto poder tenéis que alcanzáis á castigar á quien jamás hubiera creído pudieseis descubrir, os ruego... no, te juro á ti más que á nadie que bus-

ques al asesino de mi padre y que lo mates. Mil veces perdonaría yo cuanto me han hecho á cambio de alcanzar la expiación del infame que dió aleva muerte al desventurado marqués de Rehinsberg.

—¿Tu padre murió, pues, asesinado?

—Si: á los dos meses de haber yo huído de su lado seducida por las promesas de Alberto, llegó la noticia de haber aparecido cadáver en su lecho,

atravesado el corazón de una puñalada, con señales de haberse cometido el crimen mientras estaba durmiendo.

—¡Horror! Y ¿tú crees puede tener alguna relación este crimen con el que se cometió más tarde contigo?

—Sospecho que sí. Es casi seguro que el temor de que mi padre persiguiese á mi raptor motivase el que se resolviese su muerte, que luego quiso aparentarse fuese un suicidio. Mi padre había jurado matarnos á los dos cuando nos encontrase, y había realizado toda su fortuna antes de ponerse en camino para buscarnos. No sé si también le arrebatarían todo lo que poseía; pero siempre he creído que el móvil principal fué impedir que saliese tras de nosotros.

—Tu vida es tan triste, Matilde mía, que pareces nacida bajo la fatal influencia de siniestro planeta. ¿Y tu madre?

—No la he conocido nunca, por mi desgracia, pues murió al darme á luz.

—Pero ¿no tenías hermanos?

—Sí: uno tenía. Partió para Buenos Aires de muy joven, y nada más he sabido de él. Mi madre era española, dicen que muy hermosa, como otra ninguna hubiese visto la luz bajo el cielo de Córdoba. Era hija de noble familia, que la había destinado al claustro. Mi padre quedó prendado de la voz de una novicia un día que entró en la iglesia del convento del las Comendadoras, ganó á la tornera, enamoró á la freila objeto de su amor, y ella no quiso ya profesar y se unió con él, á pesar de las violencias de su familia para que pronunciara el voto de eterna reclusión. Ambos se querían con delirio y así fué breve su dicha. Mi buen padre había sido siempre juguete de la desgracia. Tuvo que abandonar á Sevilla, donde yo nací, para pasar á Lima, donde alcanzó gloria y fortuna en el servicio de las armas. Al poco tiempo perdió á su adorada esposa, y mi hermano le dejó para ir en busca de riquezas. Fui yo su sola alegría después de aquella desgracia. Queríame él con cariño de padre y madre, y yo le adoraba con toda mi alma, cuando quiso su mala ventura, y también la mía, que conociese yo á un joven de extranjero linaje que se presentó en Lima diciéndose conde de Cavalcanti. Juróme amor eterno y me propuso fugarme con él, en vista de que mi padre en modo alguno consentía en que me se-

parase de su lado. Cedí... y ya sabes lo que vino en pos.

—Y ¿á dónde fuisteis?

—Estuvimos en Venecia cerca de un año. Yo me había llevado joyas, brillantes, collares de perlas, pepitas de oro y cuantas alhajas de precio había poseído mi madre, y que mi padre me había regalado así que fui mujer. Mientras duró el dinero de su venta todo fueron convites, partidas de placer y bacanales. Alberto sólo se trataba en Venecia con mujerzuelas y gondoleros, jugadores y cortesanas, haciéndome alternar con ellos. Un día me encontré sola, enteramente sola, sin más joyas que una sortija y este brazalete, que he llevado siempre conmigo como un talismán. Entonces recordé que había aprendido música y decidí el entrar en el teatro. Canté en Venecia, en Sevilla, en Viena, en Berlín, en Barcelona, en Nápoles, y últimamente en Madrid. Estando allí recibí una carta de Alberto. Al ver en ella que se justificaba diciendo que sólo había sido criminal en apariencia, no pude resistir al deseo de querer engañarme á mí misma creyendo ser verdad, y accedí á la entrevista haciendo la seña convenida. Quedéme sola en mi casa, llegó él, y cuando más ajena estaba de pensar en mal alguno, cuando me creía otra vez amada y adorada, cuando acababa de oír de su boca las más dulces palabras, sentí en mi pecho el agudo filo de un puñal y caí al suelo moribunda. Pedí un confesor y le revelé el nombre del asesino. Por desdicha mía no sucumbí. Así que estuve fuera de peligro no quise ni pude declarar nada á la justicia de los hombres. Huí de Madrid y me refugié en el castillo donde sabía habían tenido su cuna mis abuelos, esperando que un día ú otro se mudaría allí mi suerte. Allí esperé al hombre que debía redimirme y vengarme. Estaba yo tan segura de que habías de venir como cierto debes estar tú de mi amor. Una noche oí mi nombre y corrí hacia el que me llamaba, y eras tú, eras el que yo aguardaba hacia tres años, sepultada en aquellas ruinas, sin más alimento que el que recibía de la caridad de los campesinos, cuya limosna imploraba en las horas de oscuridad para no ser reconocida. Por fin, eres mío; por fin, soy tuya. Ahora ámame y concédeme que te adore como mi dueño, como mi amante, como mi vengador, como mi caballero.

—¡Matilde mía!—exclamó Méndez.—Vamos ya

de aquí, acabe para ti por siempre la vida de dolor y de misterio. Sea nuestro amor tan brillante como el sol, que está pronto á aparecer. Ven, ven conmigo. Falta cumplir la venganza que se acerca, pronta y terrible. Ven á mi lado, yo sabré ponerte donde estarás segura y serás respetada, y no temas que yo falte á mis deberes de caballero mientras no sea público y bendito por Dios el lazo que eternamente ha de unirnos.

—¡Yo tu esposa!— exclamó estremeciéndose Matilde.—¡Perdóname, alma mía! Pero no: no puedo, no puedo!

—¿Por qué no?—repuso violentamente Méndez.—¿Quién es capaz de impedirlo?

—Una pobre mujer como yo no es digna de ser tu compañera, ¡Enrique mío! Yo seré tu esclava, la última de tus siervas, el juguete de tus deseos, ¡pero no tu esposa! ¡Yo, que entregué la virginidad de mi cuerpo y las primicias de mi amor á otro; yo, que he debido respirar la atmósfera del más corrompido ceno; yo, que he debido sufrir los galanteos del público, desde el rey hasta el judío! ¡No, por Dios! No me enaltezcas como no merezco. Conténtate con ser mi dueño; no quieras ser mi marido.

—¿A cuántos has amado? ¿De cuántos has sido?

—Sólo amé á uno y sólo he sido suya en cuerpo y alma.

—Pues pronto ése habrá desaparecido de la tierra, confundido su cuerpo con los que yacen en los muladares y arrojada su alma á lo más profundo del infierno.

—¡Enrique!—murmuró Matilde.

—¡Amor mío de mi corazón!—contestó Méndez.

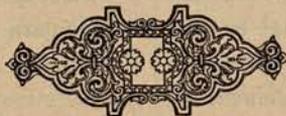
En lo más bajo del horizonte empezaba á divisarse una vaga raya blanca. Las alondras cantaban. La brisa de la mañana dejaba sentir su frescura.

—Vamos,—dijo Méndez.

—Tuya soy,—respondió Matilde.

Al ver el guardián que Méndez salía con una mujer del brazo, se santiguó, creyendo que se llevaba alguna muerta resucitada.

El capitán dejó á su gentil compañera en casa de una señora adicta á los amigos del regimiento, de suma influencia en Hamburgo, figurando ser su doncella. De allí en adelante Méndez la veía sin cesar, causando aquel asombro que hemos visto en el digno sargento Castro, que se figuraba que todas las criadas de Hamburgo eran tan guapas y rubias como la sin par Matilde de Rehinsberg.



CAPÍTULO XI

«Don Juan»

I

LA noche del día 1.º de agosto de 1807, y en la sala de una casa muy antigua y pobre de la calle de Drehbán, había sentados en torno de una mesa el coronel Jimeno, el capitán Garroyo, Méndez, Espinosa, el capitán de artillería D. José Guerrero y el conde de San Lorenzo. Aquel día había llegado de Madrid Espinosa, y estaban reunidos todos los conjurados para oír el resultado de sus exploraciones. Sabiendo ya cuál fué, nos excusaremos de repetirlo á nuestros lectores. Todos felicitaron á Espinosa.

—Amigos míos,—dijo el conde de San Lorenzo después que Espinosa hubo concluído,—tenemos pruebas vehementísimas de que el criminal es Dupuy. Así resulta de lo manifestado por el platero de Cádiz al ver su retrato. Sabemos que entonces se hacía llamar Alberto Cavalcanti. Tampoco cabe duda en que es suya la letra de la carta encontrada en poder de la desventurada loca del castillo. Pero tengamos en cuenta que hemos de dictar una sentencia de muerte. No será, pero ¿y si el mercader de Cádiz no hubiese reconocido bien la fisonomía del retrato? ¿Y si la semejanza de la letra fuese debida á una simple casualidad? Antes de proceder á dictar la pena capital creo que no estará de más otra prueba decisiva enteramente.

—¿Cuál es?—dijo Espinosa.

—La que hemos indicado ya alguna vez. Gracias

á las buenas relaciones del capitán Garroyo con la tiple del teatro de Hamburgo, se puede poner en escena cuando se quiera el *Don Juan*. Se hace todo como en Madrid. Yo cuidaré de tener juntos á Dupuy y al bueno de D. Ciriaco. Observaremos el efecto que les produce el aria, y después acordaremos lo que convenga.

—Urge cuanto antes hacerlo, porque pronto debemos salir para Stralsunda.

—El *Don Juan* está ensayado hace días,—dijo Garroyo,—y puede ponerse en escena mañana mismo.

—Pues que se ponga. Es temprano aún y hay tiempo para avisar que se anuncie la ópera.

—Y ¿no se sabe nada del marqués?—preguntó Guerrero.

—Creo deberemos estar sin él hasta que regresemos de la Pomerania,—contestó Jimeno.

—Mucho lo siento,—dijo Garroyo,—porque eso impide que sean dados otra vez de alta Méndez y Espinosa.

—Si se quiere,—dijo el coronel,—no hay para qué esperar al marqués. Tenemos en nuestro poder, según me escribe Albenza, un medallón con una firma augusta, grabada en el doble fondo de la tapa, y bastará enseñarlo á cierta egregia dama para conseguir el sobreseimiento de la causa.

—¡Extraño lance!—exclamó Garroyo.

—Se trata de una prueba de cierta infidelidad conyugal.

—Y ¿de qué puede quejarse esa dama,—repuso el coronel,—cuando desde hace muchos años se hizo recetar por los médicos la prohibición de que Carlos IV se acercase para nada á su casto lecho?

—Hará como el perro del hortelano,—repuso Garrero.

—¿Qué decís, amigos míos, de ese cambio de favores?—preguntó el coronel.

—¿Qué mal hay en ello?—repuso el conde.—¿Que María Luisa y Godoy ocupen por derecho el solio en que hoy se sientan de hecho? España tendrá, en vez de un rey cazador y jinete, un rey mujeriego y pedestre: no alcanzo á ver más diferencia.

—Me gustaría ver al príncipe de Asturias convertido en Hamlet,—dijo Guerrero.—Ya sabes: el personaje de aquella tragedia que leímos en casa de Saviñón.

—¡Valiente Hamlet estará el pobrecito!—repuso el conde de San Lorenzo.

—Por mí, que se le dé y se le enseñe á la señora cuanto se quiera. Bien sabéis que aborrezco á Godoy y odio á Napoleón,—prosiguió diciendo Guerrero;—pero la verdad es que no cabe precipitar á nuestra patria en una mayor abyección que la en que yace. ¿Cómo está el pueblo? Dominado por cuatro frailes impostores y cuatro obispos avarientos. El ejército, fuera de las tropas que están aquí ahora, y de la guardia valona y la de corps, y aun ésta mirada con prevención y atacada con saña por el favorito, parece una horda de mendigos. Sin barcos, sin hacienda, sin instrucción pública, convertidos ora en satélites de Inglaterra, ora en criados de Bonaparte, juguetes de las pasiones de la liviana reina y abandonados por el rey al gobierno del innoble favorito; en perspectiva el reinado de Fernando, que ha de ser un tejido de calamidades sangrientas, según es de falaz y menguado el príncipito, ¿qué linaje de consideración ni gratitud puede retenernos á que caiga el rey ó caigan la reina ó Godoy?

—Yo siento y pienso lo mismo,—dijo el coronel.—¿De qué le sirve á España tener héroes como Gravina si no tenemos barcos? De fijo que ni aun sabe Godoy cuántos navíos hay armados y equipados. ¿Cómo ha pagado el favorito la epopeya de Trafalgar? Con bufonadas y risas. Y no se diga que Godoy

aborrece la marina por afición á nosotros. ¿Qué queda de los antiguos tercios españoles? Todo lo mejor está aquí, en ayuda de Napoleón. En lugar de convertirse nuestro rey en defensor del antiguo régimen y en símbolo de la contrarrevolución, se arrastra á los pies de ese déspota, ora regalándole los mejores caballos de su reino, ora concediéndole las fragatas de nuestra pobre armada para que vayan á hundirse y á estrellarse. Godoy quiere remedar á Napoleón, y habla de sus dragones y de sus guardias cual si hubiera ganado Austerlitz ó Eylau. Todos se me dan lo mismo.

—En resumen,—dijo el coronel;—el medallón á cambio de vuestra vuelta al servicio.

—Eso es,—dijeron todos menos Espinosa y Méndez.

—Y para mañana el *Don Giovanni*,—añadió el coronel.

II

Espinosa escribió en seguida á Antonio dándole cuenta del resultado de la reunión.

Al salir fuéronse juntos á su alojamiento él y Méndez. Este le contó la escena del cementerio.

—¡Pardiez!—exclamó Espinosa.—Esto confirma en un todo los resultados de mi viaje. Este nombre de Alberto Cavalcanti será el hilo conductor que nos guiará ahora para hacer la prueba plena de quién es el asesino.

Espinosa tomó papel y pluma, copió la clave, puso en el sobre *Al signor Alberto Cavalcanti*, y llamando á Ortego le dió orden de que, sin saber cómo ni por dónde, se encontrase aquella carta dentro la servilleta destinada á Dupuy en el banquete que daba al día siguiente el mariscal Brune á los generales y jefes de las tropas aliadas.

—Será bueno prepararlo todo para la noche,—exclamó satisfecho.—Arreglemos ahora lo otro, á cuenta de D. Ciriaco,—prosiguió.—Venga el pedazo de damasco azul.

Méndez se lo entregó, pues antes de salir para España se lo había devuelto Espinosa.

—¡Verás qué susto va á tener el pobre *pater*!—dijo.

Sujetó el jirón con un alfiler en una carpeta, y puso: *A D. Ciriaco Pastrana, para entregar al señor Alberto Cavalcanti cuando se le presente delante.*

—Esto,—repuso,—se lo habrá de encontrar el padre cura dentro de una caja de rapé que le vamos á mandar como singular regalo.

—Mañana recibirán aún otra sorpresa,—dijo Méndez,—que no será la menos interesante.

—¿Guardas el secreto?—replicó Espinosa.

—Permíteme que sí,—contestó Méndez.

—Gran cosa habrá de ser, como tuya,—repuso el teniente.

—Tanto, que no podrías figurártela,—respondió Enrique.—Teniendo en nuestras manos las pruebas del crimen, quizás en camino de descubrir otro, ¿qué puede importarnos ser reconocidos? Otros han de temblar, que no nosotros; además de que, hagamos lo que hagamos y suceda lo que quiera, no ha de poder nada la camarilla de Kindeland contra todo nuestro regimiento.—Y los dos amigos se acostaron, soñando que estrangulaban á Dupuy.

III

Al amanecer llamó reciamente un soldado en casa de D. Ciriaco. El digno capellán estaba ya levantado estudiando los jeroglíficos de la aguja de Cleopatra, cuando Rosario le entregó, de parte de una persona admiradora de sus talentos, una magnífica caja de rapé, redonda, con tapa de porcelana miniaturada.

—¡Caramba, Rosario!—exclamó el páter.—Esto debe proceder, sin duda, de algún entusiasta por mis descubrimientos filológicos. Alguien que habrá leído en el *Journal des Savants*, permíteme que te diga el título en francés mismo para no ofender mi modestia, en el *Journal des Savants*, mi estudio acerca del valor de la *C* en los pueblos aryas.

—Sí será, D. Ciriaco, sí será. Ya se ve: ¡siendo V. tan sabio!

—Muchacha, tú debes saber francés y no lo quieres confesar.

—¿Yo, D. Ciriaco? Lo mismo sé yo francés que V... aunque yo no sé qué es lo que V. no sabe.

—Pues lo que yo no sé, muchacha es qué tal será este tabaco, aunque presumo deberá ser del mejor de Guatemala.

D. Ciriaco abrió la caja, y sus ojos parecieron extraviarse al leer las palabras de un papel contenido dentro, sobre el cual había prendido un pedazo de seda azul.

—¡Qué!... ¡Qué!—exclamó.—¡No, no!... ¡Yo no he sido!... ¡Yo no lo he dicho!... ¡Dios mío!... ¡Y esa seda azul!... ¡Dios mío!... ¡Rosario!...

El pobre cura cayó al suelo sin sentido.

Mucho tardó en volver en sí el excelente capellán. Por fin, abrió los ojos y exclamó:

—¡Todo está descubierto! Haga la justicia de los hombres lo que quizás estaba sólo reservado para la justicia de Dios. Pero ¿por qué extraño misterio se ha desgarrado el velo que ocultaba este crimen, precisamente hallándonos lejos de España, en un país extranjero, sin más compatriotas que los que componen la expedición? Me es imposible aclarar esto. Y, según reza este papel, yo me he de encontrar con el asesino delante. ¡Valedme, Jesús mío, en este mar de confusiones!

—¿Tú no has dicho nada, Pilar?—repuso luego dirigiéndose á su ama con tono imperioso y casi amenazador.

—Nada he dicho. ¿Qué le importa á mi novio todo lo que V. me contó aquel día?

—Realmente que nada le importa,—murmuró para sí D. Ciriaco.—Bueno,—añadió en voz alta;—todo ha sido una broma de algunos desocupados. Apuesto cualquier cosa á que esto procede de esos enredadores de franceses que andan siempre á caza de *blagues*. Por cierto que, según decían anoche á última hora por el teatro, hoy van á cantar el *Don Giovanni*, ¡y pardiez, que no he de dejar de ir, aunque no sea más que para comparar el mérito de Martinelli con el de Manuel García! Veremos qué tal sale *Il mio tesoro*. En cuanto á las tiples, no hay ninguna que valga un comino. La parte de D.^a Ana creo va á pasar desapercibida. ¿Quieres tú venir?

—No, señor. Ya sabe V. que no gusto de salir nunca de casa.

—¡Ya! ¿Habrás, sin duda, esta noche, cortejo desde la ventana?

—¡Quíá! No lo crea V. Me acostaré á las siete, como las gallinas.

—Bien: así me gusta, que seas juiciosa. En cuanto á ese rapé, ó, por mejor decir, á esa caja que debía contener rapé y no trae más que un trapo, voy á regalártela para que se la des á tu novio.

—Pero ¿V. cree, mi amo, que Juanito toma rapé? El no fuma más que cigarrillos de papel.

—Pues, entonces, voy á regalársela al capellán del segundo.

—¿Con lo que hay dentro y sin tabaco?

—Tienes razón, tienes razón, muchacha.

Y D. Ciriaco, quitando el trozo de damasco azul, murmuró una oración y guardó la tabaquera en el bolsillo, después de haberla llenado con tres onzas sobradas del mejor rapé de Puerto Rico.

IV

Aquel día, según dejamos dicho, debía celebrarse un gran banquete en obsequio á los jefes aliados, antes de emprender la marcha hacia Stralsunda. Como La Romana no estaba en Hamburgo, Kindeland recibió la invitación para asistir, compareciendo puntualmente á las seis de la tarde, para cuya hora estaba señalada la fiesta.

El gran salón de las Casas Consistoriales hamburguesas presentaba un soberbio golpe de vista. Veíanse mezclados allí los uniformes de cuatro ejércitos de distintas naciones: franceses, españoles, holandeses é italianos.

Confundíanse en abigarrada mezcla los dormanes de los húsares imperiales, azules y galoneados de plata, con las encarnadas casacas de los artilleros holandeses y las amarillas de los jefes de la caballería española; los capotes verdes italianos alternaban con las chaquetillas rojas de los hessenses, y los penachos tricolor con los plumeros azules de los edecanes. Lucíanse las más diversas bandas: la roja de la Legión de Honor, la blanca y azul de Carlos III y las insignias del León Neerlandés. Chocaban los sables, centelleaban las placas y los entorchados, los cordones y las charreteras. Reflejábase la luz en los cascos y corazas. Oíanse á la vez mil palabras en diversos idiomas. Contemplábanse á un tiempo las rubicundas fisonomías francesas, abotagadas y mofletudas, contrastando con las morenas de los españoles, y las redondas y llenas de los rubios holandeses con las verduscas y chupadas de los italianos. Por fin, ocupó cada uno de los comensales su sitio y principió el banquete.

Entre el alegre vocerío de los convidados resonó de pronto un grito de terror. Todos se levantaron. Era Dupuy, pálido como un difunto, trémulo, cubierto de un sudor frío, que al desplegar la servilleta había saltado como si hubiese recibido una descarga eléctrica y agitaba un papel, cogido en

una mano, con un movimiento convulsivo, cual el de un epiléptico.

Al darse cuenta de que todas las miradas estaban fijas en él, pasóse un pañuelo por la frente para enjugarse el sudor, y alegó que le había afectado el calor de la sala. En seguida procuró serenar su semblante y se esforzó en conversar con los invitados vecinos, que acertaban á ser un ayudante del general holandés y un coronel de infantería italiana.

Por fin, terminó el banquete. Dupuy fué apresuradamente á juntarse con Kindeland.

—¿Qué te ha pasado?—preguntóle ansiosa y brevemente el general.

—Una copia de la carta cifrada, con el sobre dirigido á Cavalcanti.

—¿De la carta á...?

—Sí: dirigida á Alberto Cavalcanti.

—¡Condenación! ¿Y sospechas...?

—De ellos.

—¡Ira del cielo!—exclamó Kindeland.—Háblame al salir del teatro. Sobre todo, prudencia; pues, si no, somos perdidos.

El salón quedó vacío.

En aquellos momentos Juan Ortego se encontraba en la taberna de Lorenzo comiendo ostras, y le decía al dueño, encargado del banquete de gala:

—Ni D. Ramón de la Cruz hubiera sido capaz de imaginar mejor manera de entregar la carta. Ahora esperemos la *rimpueta*.

V

El estreno de la ópera de Mozart adquiría en Hamburgo las proporciones de lo que un gacetillero contemporáneo llamaría *un acontecimiento musical*. Aquel día apenas se hicieron transacciones en la Bolsa, nadie pensó en el desembarco de los ingleses, los comerciantes no se ocuparon en notas ni pedidos, y los militares, próximos á partir para Stralsunda, no recordaban, por su parte, que existiese en la superficie del globo terráqueo enemigos suecos. Todas las conversaciones versaban sobre un solo objeto: la representación de *Don Giovanni*, anunciada para las nueve de la noche.

Y á fe que á los buenos hamburgueses no les faltaba del todo la razón al sentirse de tal manera agi-

tados ante la expectativa de asistir por la noche á admirar el *Don Juan*, partitura única en su género, obra maestra de todas las obras maestras completas y acabadas, conjunto de los más diversos elementos, de los estilos é inspiraciones más contrapuestos, composición tan vasta como profunda, concepción tan clara como artística.

Sí: razón tenían los dignos ribereños del Elba en sentirse desasosegados hasta la hora de ir al teatro. Jamás el genio producirá otra obra como el *Don Juan*, en la cual, á modo de milagroso portento, se suceden lo grandioso y lo delicado, lo bello y lo lindísimo; en la que lo sublime se alía con lo sencillo é ingenioso; en la que la imitación de la realidad y los fantásticos vuelos, los rústicos acentos y las refinadas melodías, lo bufo y lo trágico, lo humano y lo sobrenatural, se mezclan sin confundirse y encuentran su puesto sin perturbaciones ni sacudidas, como sólo puede alcanzarlo un genio.

Sí: tenían razón los hamburgueses al aguardar impacientes que diesen las nueve de la noche para extasiarse con aquella ópera, que por la grandeza del estilo iguala á todo lo que había hecho anteriormente Gluck y excede á todo lo que posteriormente han concebido Spontini, Weber, Rossini, Meyerbeer y Verdi.

¡Y pensar que los hamburgueses debían aquel supremo placer que aguardaban al capitán Garroyo! Porque Garroyo, dando muestras de un gusto artístico exquisito, antes desconocido en él, se había enamorado furiosamente de la ilustre tiple Luisa Soporiti, que se había apresurado á corresponder á la frenética pasión del bravo capitán; y éste, siguiendo en su tarea de prendarse de todo lo bueno, había pedido á la Soporiti que, por favor y como prueba del vehemente amor que ella decía tenerle, cantase la parte de *D.^a Ana* en el *Don Juan*, á lo cual se apresuró también á acceder la eminente artista, faro, estrella, norte y florón de la compañía de ópera que trabajaba accidentalmente en Hamburgo.

Por fin, dieron las dichas nueve campanadas del reloj de la Casa Consistorial, y Hamburgo entero se precipitó á las puertas del teatro. Estaba, por supuesto, toda la guarnición, llenando medio local. En el palco de la presidencia tomaron asiento los generales con sus ayudantes, algunos coroneles, y por invitación especial el bueno de D. Ciriaco Pas-

trana: arrastrado allí por el mismo mariscal Brune en persona, enterado del subido mérito de aquel eminente colaborador del *Journal des Savants*. Tocóle por casualidad ocupar un sitio al mismo lado de Dupuy, que estaba junto á Kindeland. Detrás de este grupo estaban el brigadier San Román, el coronel Jimeno y varios otros jefes.

Un sepulcral silencio reinó en la sala al retumbar las formidables y siniestras primeras notas de la obertura. Sale Leporello murmurando y gruñendo como un Sancho Panza, cuando súbitamente cambia de tono el acompañamiento, interrumpiendo los refunfuños del criado. Aparece *D.^a Ana*, cruelmente engañada y deshonrada, reteniendo á *D. Juan*, que procura desasirse. Hínchase, engruésase, encrésase la instrumentación, cual mar borrascoso, y resuena, á la par que los acentos coléricos de doña Ana, el grito de desafío del comendador, hasta que al caer éste en tierra, herido de muerte, sale del pecho de *D. Juan* una frase de arrogante orgullo y piadosa compasión á la vez. Huye el aleve burlador, y, cual si la razón se le hubiese extraviado, reconoce *D.^a Ana* á su padre, cadáver. *¡Il padre, padre mio! ¡Quel sangue, quella piaga!* Hace jurar á *D. Octavio* que le vengará, y *D. Octavio* jura, lo jura ardentemente.

D. Ciriaco Pastrana estaba absorto, Kindeland parecía sentirse mal, y Dupuy movía convulsivamente un pie.

—¡Con qué verdad, con qué fuerza están expresados los diversos sentimientos de los personajes!— exclamaba *D. Ciriaco* lleno entusiasmo.

—Mucho que sí,—respondió el coronel.—¡Cómo ha caído el pobre viejo! No cabe mayor lástima ni más respeto que el que inspira verle sucumbir para defender el honor de su hija.

Kindeland bajó la cabeza.

—¿Se encuentra *D.^a Ana* á *D. Juan* después, y sabe que es él quien mató á su padre?—dijo San Román.

—¡Vaya! ¡No faltaba más! Le pilla de medio á medio,—respondió *D. Ciriaco*.

Fueron sucesivamente pasando las otras admirables escenas, hasta llegar á aquella en que doña Ana reconoce á *D. Juan*; pero aquí debemos hacer una aclaración, y es que el capitán Garroyo, llegado al paroxismo de su pasión, exaltado por la suprema belleza de la Saporiti y perdida enteramente la ca-

beza, empezó á darle tales muestras de ciego cariño á la divina Luisa durante el *mutis*, que ésta no echó de ver que tenía que salir á escena para cantar el recitativo y aria de la venganza. Dios sabe lo que hubiera sucedido y cómo habrían tomado los graves hamburgueses aquella inexcusable falta de formalidad si por extraño acaso ó prodigio no hubiese aparecido en las tablas otra tiple, siendo acogida con un murmullo de admiración, no sabemos si motivado por su admirable porte ó por aquella transformación no anunciada. Ello es que cuando la nueva cantatriz levantó el velo que la encubría y con voz vibrante, dramática, terrible y admirablemente pura, empezó á cantar

*Or sai qui l'onore
rapire à me volse,*

se notó una extraña agitación en el palco de la presidencia. Dupuy, de pie, jadeante, pálido, con el semblante descompuesto, crispadas las manos y bañada en sudor la frente, clavada la vista en la nueva D.^a Ana, había echado atrás su asiento cual si quisiera huir y le retuviese una visión infernal. A cada nueva nota de la tiple contraíase más su semblante, exhalando su pecho un ahogado grito al ver como D.^a Ana dejaba caer un pañuelo en tierra. Por su parte, D. Ciriaco, tan pálido como Dupuy, se había levantado mirando como un loco á un lado y á otro, en ademán de no darse cuenta de lo que le pasaba, y repitiendo las palabras *Or sai qui l'onore* como asombrado y lleno de espanto. Kindeland, imagen de la desesperación, se había vuelto de espaldas al escenario y parecía buscar en tierra un apoyo á su abatimiento.

D.^a Ana seguía cantando. Jamás los clamores de venganza resonaron más terriblemente en la ópera de Mozart. ¡Con qué desgarradora expresión le contaba á D. Octavio la afrenta recibida, la muerte dada después! Brillaban sus ojos á manera de relámpagos y chisporroteaban como aceros centelleantes en un desafío. Cuando con lastimero y penetrante acento exclamó, poniéndose una mano en el corazón,

*ramenta la piaga
del misero seno,*

aumentó el rumor del palco presidencial, llamando la atención de todo el público. Dupuy y D. Ciriaco,

ambos en pie, se miraban como alhelados, y por efecto, sin duda, de su férvido entusiasmo, el cura se había dirigido á Dupuy, diciéndole:

—Luego ¿vos sois Alberto Cavalcanti? Pues tomad esto, que he recibido para vos.

Dupuy, maquinalmente, tomó de manos de D. Ciriaco un pedazo de seda azul.

—Así, pues,—seguida diciéndole D. Ciriaco, presa de aquel delirio filarmónico,—la carta...

Dupuy le miraba con extraviados ojos, sin poder articular una palabra.

—Aquella seña... es lo que ahora canta... lo que cantó entonces...—repetía el capellán.

*—Ramenta la piaga
del misero seno,*

exclamó otra vez D.^a Ana con un acento tan plañidero que arrancó lágrimas.

—¡La herida! ¡La herida del seno! Sí: una herida,—pudo, por fin, decir el ayudante de Kindeland, perdida la conciencia del lugar donde estaba.

Entonces se fijó en el pedazo de seda azul que le había dado D. Ciriaco, y, como si la razón se le hubiese extraviado, gritó:

—¡Matilde! ¡Perdón! ¡Perdón!—Y cayó desplomado al suelo.

D.^a Ana acabó su parte y desapareció.

El público aplaudía, entusiasmado hasta el frenesí.

D. Ciriaco se encontró de pie, entre generales y condes que le miraban, mientras él murmuraba:

—Los dos... los dos...

Kindeland parecía un muerto, de puro cadavérico el semblante.

—¡General, tenéis un ayudante muy nervioso!—le dijo burlonamente el mariscal Brune.

—Y un cura de regimiento harto entusiasta, coronel,—añadió el general Grandjean.

—Mi general,—repuso el coronel Jimeno,—es que esa D.^a Ana es capaz de hacerle creer á cualquiera que es la pura verdad cuanto le pasa.

Brune miró con profunda intención al coronel y le dijo:

—¿Sois vos D. Octavio?

—No,—contestó Jimeno;—yo soy el empresario.

Entretanto, la eminente Saporiti, libre de los estrechos lazos de su apasionado capitán, oía con asom-

bro que una tiple incógnita había desempeñado aquella parte de su papel en vista de su ausencia en las tablas, la cual tiple había desaparecido en seguida del teatro; pero Garroyo procuró consolar á su amadísima Luisa diciéndole tiernamente:

—Por aplausos que te hayas perdido, vida mía, no puedes figurarte cuánta mayor es mi gratitud por lo mucho que has hecho por mí. Además, te queda aún el final, y allí has de ver la ovación que se te hará. Ni la Sontag ni la Glinka la habrán soñado nunca.

—¡Oh! ¡La Glinka! No dirías eso si la hubieses oído una vez tan solamente.

—Es la que ha cantado tu aria, vida mía.

Efectivamente, Garroyo tuvo razón: del palco de la presidencia salieron atronadores aplausos así que volvió á aparecer la Saporiti, y el público, obediente á la señal de las autoridades militares y confiado en la competencia de D. Ciriaco, cuyo entusiasmo filarmónico tan palpablemente se había manifestado aquella noche, aplaudió furiosamente á la grande intérprete y amiga íntima *in illo tempore* de Cristóbal Wolfgang Mozart.

En cuanto á la Glinka, el público, una vez vuelto

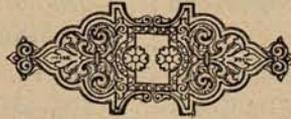
en sí, no la echó de menos. Había causado una impresión harto viva, y el público hamburgués no gustaba de que le hiciesen llorar de veras ni ponerse triste de verdad.

A las tres de la mañana las calles de Hamburgo ofrecían desusada animación con el rumor de trompetas, tambores, músicas, cañones y caballos. A las cinco estaban formadas en la carrera de Schwerin todas las fuerzas expedicionarias. La infantería francesa quería ir á la vanguardia, pero el coronel Jimeno exclamó, dirigiéndose al mariscal Brune:

—Señor mariscal, permitidme que, recordando las palabras de mi compatriota Gravina á vuestro compatriota Villeneuve, os haga presente que siempre que los españoles han operado con ejércitos aliados han sido los primeros á entrar en fuego.

El coronel decía la verdad.

El mariscal se mordió los labios y ordenó que formase á la vanguardia el regimiento de la Princesa. La tropa se puso en marcha, y la música rompió en unas malagueñas capaces de hacer brincar al más soso y sesudo comerciante de ultramarinos de la libre y opulenta ciudad de Hamburgo.



CAPÍTULO XII

El campamento

1

No creemos fuera de lugar, antes de pasar más adelante, echar una rápida ojeada al estado en que se encontraba Europa en el año en que acaecieron los sucesos que estamos relatando, lo cual servirá para mayor comprensión de los hechos que posteriormente se irán desarrollando.

Fueron aquellos tiempos de perturbación suma. Napoleón había sembrado en el mundo todo linaje de alteraciones, guerras y discordias, llevado de su ambición desapoderada. España era hasta entonces la que menos sacudidas había experimentado en el universal cataclismo, pues debido á la ciega sumisión de Carlos IV al déspota francés, dejábale éste disfrutar en paz de sus vastos y desgobernados dominios á cambio de disponer como suyos de los ejércitos, escuadras y caudales que aun le quedaban á la empobrecida nación española.

La conducta de España en 1805, cuando se negó á asistir al destronamiento del Borbón de Nápoles y á reconocer al nuevo soberano José Bonaparte, había herido profundamente, empero, el orgullo del emperador, ya de sí receloso de la sinceridad con que los Borbones de España podían mirar su prodigioso encumbramiento; y de fijo Napoleón les hubiera declarado ya desde entonces la guerra si otros cuidados no hubiesen embargado su ánimo y preocupado su atención.

Efectivamente: si bien había concluido la paz con Austria, seguía encarnizada la guerra con Rusia, y el gobierno prusiano observaba una conducta harto equívoca. En vista de esto, de que la paz con Inglaterra era imposible y de que se había contraído secretamente una nueva alianza entre Prusia y Rusia, imaginó Napoleón que para poder tener más libre á su ejército y para precaverse de cualquier agresión por parte de España, lo mejor era exigir á Godoy cinco mil hombres que fuesen á prestar la guarnición de Florencia, en relevo de las tropas francesas, con lo cual separaba de España un contingente nunca despreciable. A primeros de marzo de 1806 entraba, pues, en Florencia una hermosa división española al mando del teniente general D. Gonzalo O'Farril, después ministro de la Guerra del rey intruso.

Creyendo el incapaz favorito que iba á nublarse la estrella de Napoleón, lanzó en 5 de octubre de aquel año una desacordada proclama llamando á la nación á guerra, aunque sin expresar contra quién, por más que bien claro se dejaba comprender que se aludía á Napoleón. Creía Godoy que con ello podría captarse el apoyo de Inglaterra; pero el gabinete británico tuvo á menos entrar en tratos con tan desacreditado é imprudente ministro como era el príncipe de la Paz.

Entonces, y como en lugar del descalabro que esperaba Godoy alcanzara Napoleón la victoria de Iena sobre los prusianos, apresuróse el favorito á disculparse con el dueño de Europa, lleno de ira por la doblez del de la Paz. Aprovechóse el emperador, para llevar adelante sus designios contra España, de la escandalosa rivalidad entre los partidos palaciegos, y halagó la ambición del príncipe Fernando dejándole entrever que tal vez se le concedería la mano de alguna princesa imperial; pero esto sólo eran pasatiempos y entretenimientos.

Napoleón no quiso perder una nueva ocasión de que España se desprendiese de sus elementos de defensa, y en enero de 1807 pidió á Godoy quince mil hombres más para auxiliarle en su campaña del Norte, decidiendo Carlos IV, en marzo del propio año, que se pusieran en marcha aquellas tropas al mando del marqués de La Romana, á quien su vasta ilustración, altas prendas militares y los diversos viajes que había hecho ya por Francia designaban para el caso.

II

Vencidos los rusos en Eylau el 7 de febrero de 1807, y ellos y los prusianos en Friedland el 14 de junio del propio año, firmóse en 8 de julio siguiente el tratado de Tilsitt, en virtud del cual quedó Napoleón en paz con todas las naciones continentales, excepto la Suecia.

Reinaba allí el joven Gustavo IV, príncipe de grandes condiciones de carácter y digno émulo de Gustavo Adolfo, y, llevado de su arrogancia y valor, no quiso seguir á su aliado el czar de Rusia en su amistad al emperador francés, negándose á depone las armas y á entrar en la coalición contra Inglaterra. En su vista, y temeroso Napoleón de alguna expedición británica contra el continente, á la vez que receloso de que Gustavo IV no convirtiese á Stralsunda en base de operación para llevar á cabo algún golpe de audacia contra la Alemania, dió orden al mariscal Brune para que fuese á sitiar aquella plaza y la tomara por asalto si persistía en su defensa.

Conviene decir que por abril, esto es, poco después de Eylau, se vió Stralsunda sitiada ya por el general Grandjean; pero el heroico general Essen, que gobernaba la plaza, pudo forzar la línea del

bloqueo, guardada por las tropas bávaro francesas, y obligó al general francés á emprender una retirada desastrosa. Acudieron luego inmensas fuerzas en auxilio de los sitiadores al mando del mariscal Mortier, y Essen pidió una tregua, que le fué concedida de muy buena gana. Llegó en esto agosto, y, en vista de la tenacidad de Gustavo IV en continuar la guerra, se dió la orden de tomar la plaza que la Suecia poseía en el continente alemán.

Encerrado en Stokolmo Gustavo IV; en modo alguno quiso consentir nunca en hacer las paces con Napoleón, hasta el extremo de que, habiéndose presentado un día en su cámara dos generales y el mayordomo mayor de palacio para suplicarle, en nombre de la nación, que cesasen las hostilidades, tiró de la espada para atravesar con ella á los peticionarios, lo cual hubiera llevado á cabo á no haberle sujetado algunos circunstantes.

Salió, pues, de Hamburgo para Stralsunda el mariscal Brune, al frente de un ejército de treinta y ocho mil hombres, compuesto de italianos, holandeses, hessenses, badeneses, algunos cuerpos de españoles y las divisiones francesas de Boudet y Molitor, con un inmenso material de sitio. El resto de las tropas españolas quedó en Hamburgo por si los ingleses intentaban un desembarco.

Tal era el estado de Europa y el papel reservado á España en aquellos acontecimientos.

III

El ejército expedicionario dirigióse á la plaza pomerana, atravesando el Meckelemburgo por Schwerin, Gustron y Demmin. Encaminóse luego á Greiswald, y el día 10 de agosto avistaba las fortificaciones enemigas.

Escarmentado Napoleón del largo y costoso sitio de Dantzic, había dictado las providencias oportunas para que las operaciones se llevasen á cabo sin reparar en medios para conseguir un pronto resultado. Acompañaba al mariscal Brune el general de ingenieros Chasseloup, que, aleccionado con los sitios anteriores y contando con un material inmenso, se había propuesto hacer del sitio de Stralsunda un modelo de exactitud, vigor y prontitud.

Era Stralsunda en aquel entonces una de las más populosas ciudades de las costas del Báltico, ascendiendo el número de sus habitantes á unos treinta

mil. Edificada sobre una llanura dilatada y arenosa rodeada de lagunas originadas por el estancamiento del río Peene, que va á desembocar en el mar; ceñida por el Báltico por la parte del norte y separada en este punto de la isla de Rugen por el estrecho de Gellen, que mide allí tan sólo unos dos kilómetros de anchura; circuida por antiguas murallas y puestas en comunicación con la tierra firme por numerosos puentes, forma Stralsunda una multitud de islas. Circulan por sus calles numerosos canalizos, como en Amsterdam, Gante, Venecia, etcétera, y levántanse dentro del recinto casas de antigua fábrica y caprichosa arquitectura, góticas iglesias de elevadísimas bóvedas y atrevidos campanarios.

Tal era la plaza que defendía el general Essen al frente de quince mil suecos y siete ú ocho mil ingleses, entre los que había dentro la ciudad y los que ocupaban la isla de Rugen; tropas todas de subido mérito y admirables cualidades.

Rodeada la capital en todo su circuito por terrenos inundados naturalmente y sin alturas que la dominasen para poder establecer en ellas la artillería, no había más recurso que levantar trincheras con la mayor rapidez posible, armar cuanto antes gruesas baterías á su amparo y abrir brechas para tomar la plaza por asalto.

Como se ve, todo era cuestión de cañones que demoliesen y de infantería que asaltase.

IV

Formóse el campamento á media legua de las murallas, dándole una forma triangular.

Nada más variado que el aspecto que presentaba aquella llanura, cubierta de niebla á las primeras horas de la mañana y bañada por un sol espléndido desde las nueve hasta la caída de la tarde.

Detrás del campamento levantábase en suave declive bajas colinas cubiertas de bosques. Delante estaba Stralsunda y la isla de Rugen, y á ambos lados verdes praderas, de las que habían desaparecido por entonces los abundantes ganados que antes allí pacían.

Veíanse desde el campamento las altas agujas de los campanarios y los puntiagudos techos de las casas. Veíanse las blancas velas de la escuadra sueca, anclada en el estrecho de Gellen.

A pesar de estar en agosto no era grande el calor, y por las noches se formaban alegres corrillos de soldados, cuyos diversos idiomas hacían asemejar la conversación á una torre de Babel.

Uno de estos grupos era notable por las continuas y acaloradas pendencias que mediaban entre los que lo componían. Figuraba como el más autorizado representante español de aquella *peña* nuestro amigo Juan de Castro, con un camarada de la caballería del Rey llamado Antúnez, natural de Jerez. Estaba la Francia representada por el sargento-brigada, ó *brigadier*, Rochoux, como le llamaban sus subordinados, con grave escándalo del veterano de la tierra de Campos, que no podía tolerar tales anfibologías. Dicho sargento formaba parte desde luengos años de la división Boudet y era su manía hablar de Marengo sin venir á pelo. Finalmente, la Holanda, la Italia y el Hesse tenían allí las voces autorizadas de los sargentos Wan-der-Pfels, Vizontini y Trootschs. Todos ellos hablaban á un tiempo en su respectivo idioma, con pretensiones de ponerlo al alcance de los demás, merced á lo cual habían conseguido poder disputar continuamente.

—Jamás, jamás,—exclamaba en tono de inaguantable superioridad el *brigadier* Rochoux,—podrá nación alguna vanagloriarse de haber ganado otra batalla como la de Marengo. Figuraos que los austriacos habían reconquistado toda la Italia, después de habérsela nosotros arrebatado, y trataban ya de invadir la Francia, sin advertir que nosotros íbamos á atacarlos por retaguardia. Así es que cuando supieron que Bonaparte había atravesado los Alpes y que lo tenían detrás con grandes fuerzas, encerrándolos dentro del estrecho recinto del Piamonte, vieron que no tenían más remedio para escaparse que romper la línea enemiga y ganar la carretera de Plasencia á Mantua, único camino para retirarse á su país.

—¡Qué interesante es eso!—exclamó Antúnez bostezando. Pero el buen Rochoux, sin atender á ello, prosiguió diciendo:

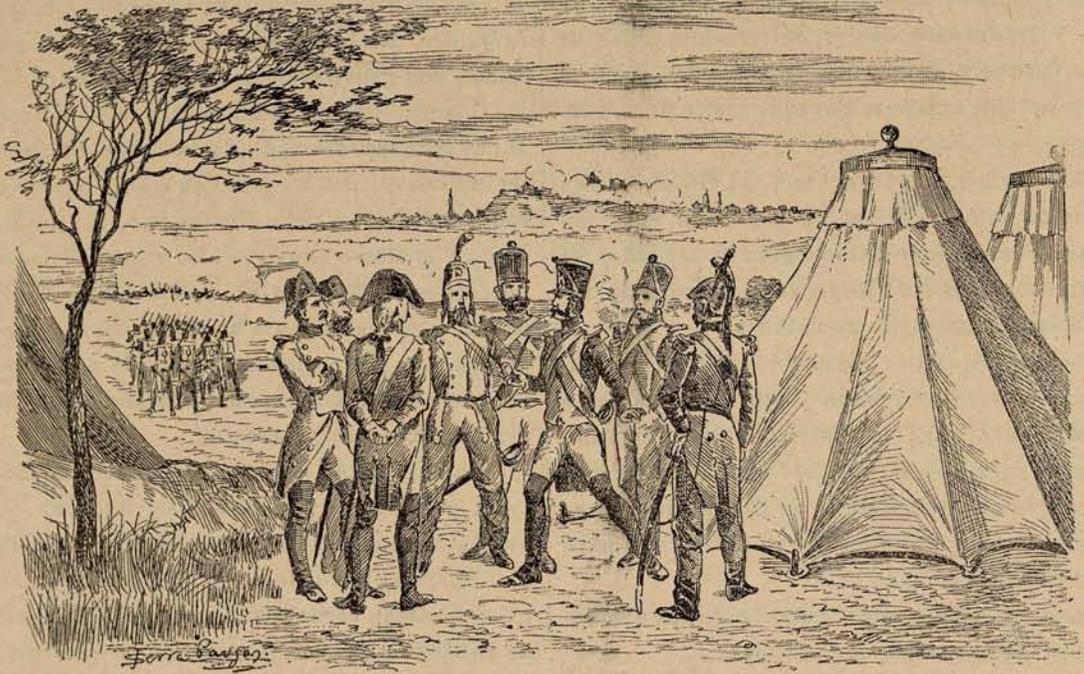
—El ejército austriaco estaba encerrado en Alejandría, y para poder salir de allí, para dirigirse á Plasencia, tenía que atravesar la llanura de Marengo. Ocupaba el pueblo de este nombre el general Víctor, el cual, atacado furiosamente por los granaderos de Tattermann, tuvo que abandonar la posición. Eso sí: la resistencia fué...

—Sí, hombre, sí, heroica: ya se supone,—interrumpió diciendo Juan de Castro.

—Sí, señor: heroica,—repuso el *brigadier*.—Sin embargo de tanto valor, poco después envolvía Ott nuestra derecha, mandada por Lannes, y la división Chambarlhac se desbandaba medio destruída, quedando destrozada nuestra izquierda.

—¡Terrible situación, en verdad!—exclamó el sargento del Hesse Electoral.

—No podía serlo más,—repuso Rochoux;—era una situación apuradísima. El mariscal Lannes veía envuelta su derecha por la infantería y la caballería de Ott, sosteniéndose apenas en la izquierda; Gardanne se defendía desesperadamente todavía en los vallados de la aldea, y la división Chambarlhac acababa de ser derrotada por completo. Pero llega en esto Napoleón con los granaderos de la guardia, forman el cuadro, y con la proverbial *furia francesa*...



—Jamás, jamás,—exclamaba en tono de inaguantable superioridad el *brigadier* Rochoux...

—También es proverbial la *furia española*,—interrumpió Antúnez.

—Y la italiana,—repuso Vizontini.

—Y la holandesa,—añadió Wan der Pfels.

—Y la hessense,—quiso decir también, para no ser menos, el sargento Trootschs.

—No interrumpáis mi narración, porque os puede servir de mucho el saber cómo pudimos salir de aquel atolladero,—exclamó el veterano *brigadier* dándose tono.—Formados, pues, en cuadro los granaderos de la guardia, resisten impávidamente los asaltos de los dragones de Lobkowitz, forman también el cuadro dos medias brigadas al mando de Carra Saint Cyr, marchan adelante y recobran el terreno perdido. Al mismo tiempo Napoleón en persona, á la cabeza del 72, viene á sostener la

izquierda de Lannes, mientras que el bizarrísimo é invicto Dupont, jefe de Estado Mayor, reúne en la retaguardia los restos del cuerpo de ejército de Víctor.

—Todos vuestros generales son siempre bizarrísimos é invictos: eso ya lo sabemos y no hay para qué repetirlo,—dijo con mal humor Antúnez.

—Pues ¿quién duda de que el general Dupont es un general invicto, bizarro y de brillantísimo porvenir?—exclamó amostazado Rochoux.—Aquel día Dupont...

—Dejadnos ya con vuestro Dupont,—repuso Antúnez.—Si tan bueno es, ocasiones tendrá donde demostrarlo.

—Así no acabaré de contaros nunca la batalla de Marengo, esa batalla en que tanta parte tomó esta

misma división Boudet, con la cual vais á compartir ahora los lauros de la toma de Stralsunda. Digo, pues, que, estando las cosas del modo que he contado, trábase de nuevo la batalla con mayor furia que antes. Gardanne quiere reconquistar Marengo, pero es rechazado tenazmente; la división Chambarlhac acaba de sucumbir del todo; pero, sin embargo, no os deis por perdidos todavía: aun quedan los granaderos formados en cuadro y la esforzada intrepidez de Lannes, que aguanta bien por la derecha. Entonces hubierais visto un espectáculo admirable: Lannes se abre camino, ora á la bayoneta, ora poniendo en batería algunas piezas de artillería ligera contra los formidables cañones de los austriacos, y en vez de verse la guardia atacada por la caballería lo hace la artillería enemiga, como si fuera una muralla. Lannes, desesperado, manda volar las cajas de municiones que no pueden llevar consigo, apareciendo la llanura como un vasto campo de carnicería y de incendio. A las tres de la tarde el general en jefe austriaco se retira, creyendo tener ganada la batalla, pero ahora llega la nuestra.

V

—Vamos á ver: ¿qué hicieron Vds.?—exclamó Juan de Castro, que escuchaba con cierta envidia al sargento Rochoux, al revés de Antúnez, que no dejaba nunca cierta mueca desdeñosa.

—Cuando digo la nuestra quiero decir la de Desaix. Desaix, camaradas, era un general mejor que Massena, mejor que Moreau, mejor que Kleber, mejor que Lannes.

—Sí así seguís, —le interrumpió diciendo Wan-der Pfels, —acabaréis por asegurar que ese general era mejor que el emperador.

—Y quizás tenga razón en decirlo, —repuso Juan de Castro; —yo he oído decir siempre que Desaix era el general que valía más de toda la Francia.

—¡No interrumpáis así, *corpo di Dio!* —exclamó enojado Vizentini. —Dejadle contar á Rochoux qué es lo que hicieron entonces los franceses.

—Gracias por vuestra intervención, mi querido colega, —exclamó Rochoux. —Decía, pues, que aun quedábamos nosotros, quiero decir, Desaix, y esta división Boudet, que Napoleón envió á buscar cuando se vió perdido; pues habéis de saber que, no cre-

yendo Bonaparte que los austriacos se empeñasen en abrirse paso para retirarse á su país y figurándose que se dirigirían á Génova para encerrarse allí, había enviado á Desaix á Novi, que está en la carretera de Alejandría á dicha ciudad, para que se lo estorbase. Desaix, empero, al oír cañonazos en la llanura de Marengo, retrocedió en su camino y se dirigió allí donde retumbaban; de manera que, antes de que los ayudantes de Napoleón nos hubiesen alcanzado, ya nosotros volábamos hacia donde nos esperaban. Esto os dará á comprender el genio de Desaix, y de ahí podéis deducir la máxima de que «Hay que marchar siempre hacia donde se oyen cañonazos.»

—Gracias, Rochoux. Y aun cuando parezca esto una cosa muy sencilla, no la olvidaremos si alguna vez llega el caso, —contestó Antúnez.

—Es tan esencial este principio, que puede costar la perdición de un ejército si el que acude á socorrerlo no se dirige hacia donde se oye el cañoneo, —repuso Rochoux. —Por eso Desaix salvó aquel día al ejército francés, porque, oyendo los estampidos en la llanura de Marengo, comprendió que allí estaba el enemigo y no en Novi, como se le había dicho.

—Lo tendremos presente, mi brigadier, —repitió á su vez Juan de Castro.

—En las batallas todo depende de que los refuerzos lleguen á tiempo, —continuó diciendo sentenciosamente Rochoux. —Pues bien: llega Desaix al cuartel general de Napoleón, fórmanse en corro los generales, y opinan unánimes por la retirada, excepto Bonaparte. Nada había dicho Desaix. Tiende entonces la vista por el devastado campo de batalla, saca su reloj, mira la hora y dice: «—Sí: la batalla está perdida, pero no son más que las tres de la tarde y nos queda todavía tiempo de ganar una hora». Advertid que la tal batalla se dió el 14 de junio, en cuya época se pone tarde el sol. Nosotros, sin embargo, no contábamos así entonces, sino que decíamos: 25 de pradiel del año VIII.

—¿Cómo del año ocho si no estamos más que en el año siete?—objetó asombrado Juan de Castro.

—El año VIII de nuestro calendario republicano era el 1800 de vuestro calendario religioso, —contestó el brigadier.

—Pero se va haciendo tarde y he de concluir. Decía, pues, que Desaix opinaba por seguir atacando,

y, en efecto, decidese que caigamos de frente sobre los austriacos y que los detengamos, en tanto que el grueso del ejército iba á atacarlos por el flanco. La división Boudet quedaba encargada del ataque de frente; mi compañía iba á la vanguardia. No creyendo los austriacos en nueva resistencia á su paso para retirarse á Mantua, marchaban por la carretera en buen orden y correcta formación, cuando de improviso tropiezan con una batería de doce cañones, colocada allí por Marmont, la cual vomita sobre ellos espesa metralla. Atacamos entonces nosotros con Desaix á la cabeza (yo iba á diez pasos detrás), hacemos retroceder á los dos primeros regimientos austriacos que abrían la marcha, precipítanse éstos en desorden sobre la segunda línea y desaparecen entre sus filas. Venían detrás de los dos deshechos regimientos los granaderos de Lattermann, que aguantaron nuestras cargas á la bayoneta firmes como una roca. De pronto, y mientras nosotros seguíamos atacando el frente y deteniendo la columna, arrójase sobre su flanco la caballería de Kellermann y queda dividido en dos el ejército austriaco. Ríndense los granaderos, ataca otra vez Lannes el centro y le obliga á retroceder á paso de carga. Ya hemos reconquistado todo lo perdido. Procuran ellos salvarse atravesando el Bormida, y los que no consiguen ganar los puentes lo pasan á nado. De poco sirven ya las cargas de caballería de los austriacos, repelidas por los granaderos de á caballo de la guardia. En vano intenta el enemigo sostenerse en Marengo: Lannes los arroja de allí al Fontanova y del Fontanova al Bormida. Entonces, derrotados del todo, atascados en el río, fugitivos y desesperados, los perseguimos sin piedad, cogiéndoles prisioneros, cañones, bagajes y caballos.

—¡Desgraciados austriacos!—exclamó Trootschs.
—¡Cuántos morirían!

—En eso no hay que tenerles más lástima que á nosotros,—contestó Rochoux.—Ellos eran treinta y seis mil hombres: perdieron ocho mil entre muertos y heridos y les hicimos cuatro mil prisioneros. Les matamos un general y les herimos cinco. Nosotros éramos veintiocho mil combatientes y nos causaron seis mil bajas, nos hicieron mil prisioneros y nos mataron á Desaix. Sí, señores: allí murió, al frente de esta división, el gran general Desaix. Aun me parece que le veo con su espesa cabellera y su uniforme de húsar. También nos mataron otro general

y cayeron heridos tres ó cuatro más, pero se logró lo que se quería: que dejasen en paz á la República las naciones que intentaban restablecer el antiguo régimen, y, además, otra cosa muy principal, que era preparar el imperio para Napoleón. Señores, he dicho.

VI

—Y ¿no nos contaréis alguna batalla más?—preguntó Wan-der-Pfels, profundamente conmovido al considerar los laureles que Rochoux había alcanzado en Marengo.

—Tantas como gustéis; pero he querido que estuviérais enterados de la de Marengo para que veáis con qué división vais á compartir los triunfos de este sitio, para que tengáis presente que estáis bajo las miradas de aquellos valientes que condujo Desaix á la victoria, y para que no creáis que la división Boudet sea una de esas divisiones de poco más ó menos. No, camaradas: os han dado héroes por compañeros de expedición, y espero que todos rivalizaréis en celo y valor para hacerlos dignos de que nosotros todos podamos decir: «—Fulano era digno de haber ganado con nosotros la batalla de Marengo.»

—¡Eh, compadre!—replicó Antúñez.—No crea V. que esa batalla de los *merengues* sea la de más mérito que se haya dado en este mundo, porque si V. hubiese estado como yo en la batalla de Urubamba...

—¿De Urubamba?—repuso desdeñosamente Rochoux.—Yo no he oído en mi vida citar ese nombre en parte alguna.

—Es que se dió muy lejos de aquí y hace ya veintiséis años, cuando yo contaba tan sólo diez y siete. Urubamba es un pueblo del reino del Perú. Habíase sublevado allí el cacique Tapac-Amaro, irritado por las inhumanas contribuciones de los corregidores españoles.

—¡Siempre pasa lo mismo en vuestra patria!—replicó sentenciosamente Rochoux.

—El bárbaro empezó por ahorcar en la plaza pública al corregidor de Jungasuca, que era un tal Arreaga, sin que nadie lo notase hasta llevado á efecto el suplicio. Salimos nosotros en su persecución, y, topándonos en Sangarasa, nos derrotó completamente, causándonos setecientos muertos. Ver-

dad es que él llevaba cuarenta mil indios bien armados y buenos tiradores. Eran, como veis, en mayor número que los austriacos en Marengo. Entonces el obispo de Cuzco ordenó un ayuno general de tres días, dispuso una edificante procesión de penitencia, en la que salieron el Santo Cristo de los Temblores y Nuestra Señora de Belén, y dió 180,000 pesos á la junta de guerra. Armó cuatrocientos clérigos, que formaron cuatro compañías, y unidos á las milicias en que yo servía, trabamos sangrienta batalla en Urubamba, en la que murieron los famosos capitanes indios Bermúdez y Parvina, y en la cual los curas eran los generales de división y los jefes de regimiento.

—Realmente fué una batalla singular,—repuso riendo Rochoux.

—No os burléis de los clérigos, Rochoux. Son en España tan valientes guerreros como el que más. Dios os libre de habéoslas con ellos.

—¡Ni que fuesen mariscales del Imperio!—replicó burlándose Rochoux.

—¡Dios les libre á los mariscales del Imperio de picarles en lo vivo!—contestó muy formal Antúnez.

—¡Pardiez, que me hacéis reir con vuestros clérigos y frailes, y que me daría mucho gusto reñir con ellos alguna batallita!

—Todo podría ser,—repuso Antúnez.

—Seguid, Antúnez, seguid,—exclamó el sargento hessense.—Habláis de cosas en que nunca hubiera creído.

—No obstante la derrota de Urubamba, Tupac-Amaro reunió otra vez sus fuerzas y fué á sitiar á Cuzco, residencia del intrépido obispo. Multitud de veces estuvieron á punto los defensores de querer abandonar la plaza, cortando el puente al objeto de evitar la persecución del indio; pero siempre se opuso á ello el obispo. El mismo guardaba el puente con cincuenta hombres. Un día, mejor dicho, una noche de tempestad y nieve, llegó á Cuzco un indio desertor anunciando que Tupac-Amaro con inmensas fuerzas se dirigía á dar un golpe de mano contra la ciudad. Hicimos entonces una salida los sitiados para sorprenderlo en los desfiladeros de Quinquijana y Jista, y dimos allí una acción decisiva aplastándole completamente. Conque ya veis que nuestro obispo sabía también hacer salidas y ganar batallas. De haber entrado Tupac-Amaro en

Cuzco se hacía dueño de Lima y acarreaba la pérdida del Perú para España.

—Realmente valía la pena de que eso hubiese sido más sonado,—dijo Trootschs.

—En España somos así,—replicó Antúnez;—no les damos ninguna importancia á las cosas, ni sabemos hacerlas aparecer en más de lo que son. ¡Quién sabe si llegado el caso de una nueva guerra harían prodigios de valor y de acierto cuatro pelagatos que ni siquiera cuidarían de dejar su nombre para que los demás lo supieran!

En esto resonó en el campamento el toque de retirada y nuestros sargentos se retiraron á sus tiendas, pensando cada uno en ser un nuevo Desaix ó un segundo obispo de Cuzco, vencedor de Tupac-Amaro en las batallas de Urubamba y Quinquijana.

VII

Era el día 12 de agosto y los trabajos de aporche estaban muy adelantados. El ingeniero Chasseloup había hecho prodigios: las trincheras estaban situadas á menos de tiro de cañón y se habían abierto en la muralla tres brechas capaces de dar entrada á los sitiadores.

Pero al propio tiempo que las tropas y los aliados del emperador se dedicaban á la noble tarea de ametrallar á Stralsunda, que no contestaba flojamente por cierto, veíanse á su vez asediadas varias generosas españolas que compartían con nuestros paisanos los trabajos de la guerra. Señalábanse entre todas por su gracia, belleza y donosura, la sin par Petra de la Vega y la incomparable Juana Gómez, ambas al parecer vecinas y naturales de Madrid, y educadas en el Rastro cual convenía á sus respectivas profesiones de castañera y naranjera.

Respecto á la Petra, no cabía poner en duda la limpieza de su linaje, pues su abundoso pelo castaño, ojos garzos, pequeña y algo arremangada nariz, blanca tez y mórbido cuello, acusaban una naturaleza de los climas templados, distinguiéndose por su aire reservado, aunque era terrible si salía de sus casillas.

En cuanto á la Juana, hubiera sido más difícil decidir si había ó no en ella alguna mezcla de *flamen-*co. Erase una muchacha de diez y ocho años, más bien baja que alta, morena, con ojos azules, cabellos negros y un lunar cerca de los labios; aterciopela-

das las mejillas y un si es no es vellosas en ciertas partes; robusta y cuadrada la barbilla y los labios como un clavel. Tenía una gracia como un diablillo, una cara que no se parecía á nada, una mirada que hechizaba de puro zalamera, una sonrisa que parecía revelar la dicha más completa, y una voz digna de ser admirada por su voluptuoso dejo.

Estas dos buenas mozas no habían vacilado en seguir intrépidamente á sus dos galanes, que lo eran respectivamente un cabo de la Princesa y un furriel de la caballería del Rey. Nada absolutamente podía achacárselas en punto á moralidad, pues ambas habían dado pruebas de la más rígida virtud, y por nada del mundo, según decían, hubiera la Petra querido dar una sazón á la Virgen de la Paloma, ni la Juana un que sentir al Cristo de San Sebastián; pero no podía consentir su buen corazón que llegado el caso de que sus *currutacos* resultasen heridos les curasen otras manos que las suyas. Esto justificaba su estancia en el campamento.

Por lo demás la expedición española del Norte contó con numerosas agregadas por el estilo, si es que no mienten las historias.

Ya en Hamburgo, cuando por las tardes se formaron corros de soldados y muchachas que se entregaban á las delicias del fandango, de las jotas, guarachas, seguidillas y manchegas al compás de bandurrias, guitarras, panderetas y castañuelas, habían las dos manolas llamado la atención de más de cuatro honrados mercaderes de sal sosa ó pimentón y de más de cinco *loustics* de los regimientos franceses; pero sin que jamás diesen ellas oídos á ninguna especie de indirectas, ni dejasen de contestar con sarcásticas *morrás* ó con mortíferos dichetes á las chapurreadas galanterías de que eran objeto. Advirtamos de paso que esto tenía más mérito en la Petra que en la Juana, no por ser más linda, como lo era en verdad, sino porque la Gómez iba acompañada de una enorme mamá, al paso que Petra cruzaba solita los ásperos pedregales de este mundo.

VIII

Durante la estancia de los aliados en el campamento, la Petra y la Juana se habían visto asediadas muy de cerca por personajes de quienes no era

de esperar tuviesen la dignación de descender á hacer la corte á aquellas pobres mozas, dignas cuando más de aspirar á la mano de un sargento; pero con grave detrimento de la disciplina militar internacional vióse estrechamente apretada la Petra por un capitán de artillería francés y la Juana nada menos que por un capitán de ingenieros del Hesse. El pobre cabo de la Princesa y el desdichado furriel del Rey pasaban la pena negra al ver que aquellos galoneados tipos no dejaban á sol ni á sombra á las dos expedicionarias, que apenas si tenían un momento libre para decirles á sus adorados novios que siempre les querían lo mismo que en Madrid.

Esto acabó por llamar la atención de los oficiales españoles, viendo con espanto el cabo primero y el cabo furriel que no eran ya tan sólo los capitanes franceses y hessenses los que perseguían á sus novias, sino que también les había dado el naípe por galantearlas nada menos que al terrible capitán Garroyo y al de igual clase de caballería Cuesta.

—Esto acabará mal,—decía Juan de Castro.—Yo creo que los capitanes han tomado la cosa por su cuenta y se va armar aquí la de San Quintín. No tengáis cuidado, muchachos,—añadía dirigiéndose á los dos Romeos;—ni Garroyo ni Cuesta pretenden haceros ningún mal tercio, antes bien os desembarazarán de esos mamarrachos. Ya sabéis que Garroyo se enamora siempre, pero por encargo, pues se le dan á él tres pitos todas las mujeres, y en cuanto al capitán Cuesta bien conocéis su excesivo pundonor y su amor sin límites á las cosas de España. Dormid, pues, á pierna suelta y ya veréis cómo el día menos pensado enterramos con los honores de ordenanza á ese gabacho y al tudesco, fallecidos á consecuencia de alguna estocada ó de un balazo.

—¿Conque es V. de parecer, señor sargento, que les dejemos hacer al capitán Garroyo y al mío tan sólo por ser españoles?—repuso el furriel de la caballería del Rey.

—No sólo creo que debéis dejarles hacer sino que debéis decirles también á esas chicas que hagan ver como si les correspondiesen, para que rabien los otros y se enrede más la cosa.

—¿Y si las cañas se vuelven lanzas?—repuso el cabo de la Princesa, que estaba celoso de Petra como un extremeño, por no decir como un turco.

—No hay cuidado, muchachos: os lo dice el sar-

gento Castro,—contestó éste con gran suficiencia.

—Está bien, mi primero: seguiremos su consejo de V.,—dijo el futuro esposo de la Petra;—pero nuestros compañeros van á burlarse de nosotros.

—Os repito que eso es puramente cuestión de españolismo, y así lo comprenderán todos los nuestros

Y con esto buenas tardes, muchachos, que he de ir á ajustar cuentas á la compañía.

IX

En aquel momento pasaban entre las tiendas las dos doncellas, llevando tras de sí á los capitanes



—Y á V. ¿qué le iré á decir?—repuso Juanita cogiendo la mano de Cuesta

Liegois y Fronsderberg, que las perseguían con todo linaje de ridículos requiebros. Las dos bellas toparon con Garroyo y Cuesta, que venían en dirección contraria, y rompieron en alegre risa al verlos.

—¿Qué tenéis, muchachas, que así os permitís reiros de estos míseros esclavos vuestros?—preguntó Garroyo con cómico ademán.

—Hablábamos de decirles á sus mercedes la buena ventura así que les encontrásemos,—respondió la Juana.

—¿Y tú la dirás también, carita de rosa y de jaz-

mines?—prosiguió el capitán dirigiéndose á Petra.

—¡Qué sabe ella de eso, la *chavala!*—exclamó la morenilla.—A ver: venga esa mano, señor capitán de á pie. ¡Juy, María Santísima! Es V. más malo y más falso que el ánima de *Júas*. V. engaña á cuantas ve y tendrá V. el más *esgalichao* fin. Se casará su merced con una *flamenca*.

—¿Con una *flamenca?*—repuso Garroyo.—Tal vez no te equivoques, Juanita; pues así como no hay flamenca alguna que sea española, hay españolas que son preciosísimas é incomparables flamencas.

Y ya sabes que por ti lo digo, ¡oh ingrata Petra de mi alma, de mi corazón, de mi vida y de mis entretelas!

En esto se acercaron al grupo los dos galanes extranjeros.

—Y á V. ¿qué le iré á decir?—repuso Juanita cogiendo la mano de Cuesta.—¿Sabe su merced que esta vena señala que hay quien se está muriendo por V.? ¡Pobrecita de esa chiquilla si V. no la quiere, porque es imposible decir lo que por V. está pensando! ¡Y quizás no sepa aún su merced quién es esa *pobrecita de su mare!*

Y, diciendo esto, lanzaba la gitana á Cuesta tales miradas y le tenía clavados los ojos con tal intensidad que el capitán de caballos sentía como un vértigo.

—No lo sé á fe, porque ya sabes que yo á nadie quiero... como no seas tú,—respondió por fin con cierta vacilación.

Juana le miraba de una manera tan provocativa que Cuesta perdía cada vez más la serenidad.

—Pues oiga V., que se lo diré al oído.

Entonces se acercó tanto que más que hablarle al oído pareció que iba á darle un beso, y tan bajo hubo de hablarle que Cuesta apareció turbadísimo, debido tal vez á la impresión del roce de aquellos encarnados labios.

—¿No nos queréis decir la buenaventura á nosotros?—preguntó entonces el capitán francés.

—A Vds. voy á decírsela yo,—exclamó Petra, con asombro de Juanita, Garroyo y Cuesta.

Garroyo lanzó una mirada á la hermosa madrileña como animándola que no tuviese reparo en decir cuanto quisiera.

—Usted, señor capitán de Francia, se encontrará en diez derrotas y será hecho prisionero.

—¡Yo!—contestó rojo de ira el capitán.—¡Yo, derrotado y prisionero! En todo caso no será por españoles.

—De todas maneras,—le dijo Garroyo,—ya habéis comenzado á serlo por una española.

—Vos, señor capitán del *Heste*, moriréis de una bala inglesa, pero aún tardaréis algún tiempo. Tomaréis algunas plazas cuando ya no quede en ellas piedra sobre piedra, y seréis constantemente desgraciado cuando tratéis de hacer prisioneros, y con más motivo prisioneras.

Los dos capitanes extranjeros saludaron glacialmente, sin tener más ganas de oír la buenaventura,

y las dos parejas españolas entraron en la tienda de Garroyo, donde, como era de rigor, se destaparon algunas botellas en honor de ambas princesas.

X

Fortuna fué para el cabo de la Princesa y el furriel del Rey que no presenciaran las familiaridades de los comensales, aunque á la verdad fueron escasísimas las que consintió la Petra, y aun menos que escasísimas comparadas con las que permitió la Juana. Decididamente, ó el capitán Cuesta no sabía que Juanita tuviese un novio furriel ó ella le había convencido de lo contrario.

De todos modos, lo que para Cuesta empezó por un pique acabó por convertirse en una verdadera pasión, gracias á aquellos ojos azules, extrañamente resaltados sobre la morena tez, que con tanta expresión sabía mover Juanita.

De allí en adelante no fué ya un secreto para nadie que la gitanilla había olvidado por completo al desgraciado furriel, dejándole entregado á los más excesivos arrebatos de desesperación: Cuesta había acabado por enamorarse de veras de la naranjera del Rastro.

Habiase, pues, rendido ya una plaza, hasta entonces inexpugnable, antes de que cayese Stralsunda.

XI

Una noche, el 14 de agosto, víspera del asalto, el furriel encontró á Juana que iba á salir del campamento para dirigirse á la barraca donde vivía con su madre y la Petra, barraca sencillísima, por cuanto se componía tan sólo de tres medios aros clavados en el suelo con una tela encima, como el toldo de una galera.

—¡*Agur, laguna!* (1)—exclamó ella sin inmutarse.

—¿De dónde vienes?—preguntó con voz sofocada el furriel.

—Pues ¿de dónde quieres que venga? De ver al capitán, y ahora á casa.

—¿Y te atreves á decirme eso sin temer que te atravesase el corazón?—exclamó el airado rival.

—¡Eh, no seas *gili*, exigiéndome que me porte como

(1) ¡Adiós, camarada!